

Capítulo XXII

LA EDAD DE PLATA
Transformaciones socioculturales
en el tránsito del XIX al XX



JOSÉ CABALLERO RODRÍGUEZ
Ayuntamiento de Mérida

Versión gratuita publicada en marzo de 2020
con motivo del estado de alarma provocado
por el coronavirus COVID-19

**Versión gratuita publicada en marzo de 2020
con motivo del estado de alarma provocado
por el coronavirus COVID-19**

LA EDAD DE PLATA

Transformaciones socioculturales en el tránsito del XIX al XX

INTRODUCCIÓN

Los especialistas de la Historia contemporánea emeritense suelen situar en la llegada del ferrocarril, hacia 1865, el punto de inflexión tras la larga decadencia de nuestra ciudad. Después de un estancamiento secular, perfectamente constatable en el urbanismo diacrónico, el paisanaje y sus condiciones de vida experimentarán una simpar modernización en apenas medio siglo.

Los ilustrados coetáneos que se anticiparon a estudiar su periodo vital pocos años después, ya hablaban sin fisuras de ese hito de progreso. Pedro María Plano, en sus *Ampliaciones*¹, emplea –por metonimia– el silbo del tren como despertador de una ciudad dormida por centurias. Tomás Romero de Castilla redunda en la idea certificando, todavía en los últimos años del XIX, que:

“Mérida prospera y adelanta. El enlace que allí se verifica de cuatro líneas férreas, sus variadas industrias, la fecundidad de su suelo, el carácter de sus habitantes, el moderno y monumental casino, su bien escrito periódico titulado *La República*, que dirige el inteligente escritor e inspirado poeta Moreno Torrado, su alumbrado eléctrico y la limpieza y aseo de sus calles y edificios, todo esto da a Mérida un aspecto simpático y tonos de una población que ha encontrado de lleno y con paso seguro por el camino de su engrandecimiento”.

¹ Plano y García, Pedro M.^a, 1894, *Ampliaciones a la historia de Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*, Mérida. Imprenta de Plano y Corchero. Existe una edición facsímil publicada por el Ayuntamiento de Mérida-1985.

Antonio Fadón² por ejemplo, relata cómo Mérida,

“...desde aquel entonces, se dispone y prepara a conquistar las glorias pasadas, en antigua grandeza, magnificencia y poderío, iniciando su regeneración con multitud de operarios que la vía necesita, (...) y viene personal numeroso a aumentar la población fija y gran cantidad de flotante, constituyendo una actividad acaso como en sus mejores tiempos”.

Valga, pues, para ilustrar el discurso que sostendremos en este artículo otro adagio conocido: “las ideas se pegan, como el polvo, a las maletas” y en esas maletas de los que llegaban, como en las de los emeritenses que se aventuraban a salir para conocer otras tierras, se adhirió el conocimiento de un mundo que nos daba la espalda por falta de medios de transporte apropiados y por las deficientes vías de comunicación.

La ciudad, como hemos venido viendo en el periodo liberal, conoció una serie de convulsiones que aceleraron, en sólo un par de decenios, el devenir lento y pesado de una economía agroganadera y unas costumbres ancladas en el Antiguo Régimen. La aparición de la industria, y un sector de servicios y mercantil pujantes, generó un importante aumento poblacional, más relevante en calidad que en cantidad.

El compromiso con la cultura y la vida en comunidad de buena parte de esos recién llegados –ferroviarios, corchotaponeros, industriales, almacenistas...– habrá de producir réditos sociales fácilmente apreciables pocos años después de su asentamiento. Esa es la época que vamos a tratar de diseccionar en las próximas líneas: un reverdecir de los laureles de esta ciudad que bien puede considerarse su *Edad de Plata*, tras las lejanas glorias de la Antigüedad.

Pero tampoco perdamos de vista la otra cara de la verdad de estos años. La enorme desigualdad social constituyó un mal endémico que llegaría hasta las puertas de la Guerra Civil, agravándose hasta convertirse en una de sus múltiples concausas.

Los lujos, los notables avances que vamos a desarrollar para explicar el auge sociocultural de la Mérida entre siglos, afectan a los poderosos, los burgueses y las clases medias que no dependen de las veleidades del propietario agroganadero de turno.

Braceros, lavanderas, pastores... continúan con la lucha diaria por la supervivencia en toda la región, e historiadores como Bohoyo Velázquez³ señalan:

² Fadón Sánchez, A., 19707, *Ligeras e insignificantes observaciones sobre algunos puntos cuestionables y dudosos en la Historia de Mérida*, Imprenta de Soler. Mérida.

³ Bohoyo Velázquez, I.F., 1984, *Situación socio-económica y condiciones de vida en la provincia de Badajoz (1880 - 1902)* Biblioteca Popular Extremeña. Universitas Editorial - Salamanca.

“...pueblos en los que, durante los años de crisis agudas, el número de solicitudes a la beneficencia municipal crece (lo hemos comprobado en los casos de Mérida y Badajoz) hallándonos ante el problema de la existencia de una elevada mendicidad y de un número de «pobres de solemnidad» que, en algunos casos, con familia incluida, sobrepasan la cifra de 1.000 en lugares como Mérida, que en 1880 no llegaban a los 7.000 habitantes”.

Abrimos, pues un periodo que va desde la Restauración canovista y la visita –primera y última– de Alfonso XII, hasta el final de la *Dictablanda* de Berenguer, tras la segunda y última estancia de Alfonso XIII en nuestra ciudad, antes de salir hacia el exilio.

La ciudad triplicó su superficie y sus habitantes en estos años. La población pasa de 5.000 a 15.000 emeritenses. En cuanto a la expansión geográfica del casco urbano, primera de importancia desde siglos atrás, el propio Plano narra en sus *Ampliaciones* (pág. 125) que “entre 1878 y 1892 surgen las calles Atarazanas, Constantino, Graciano, Vetones, Adriano, Augusto, Duque de Salas, Forner (Toledo), Prudencio, Alfonso IX, Concordia, Trav. Concordia, Muza, Pérez Hernández (vulgo, Callejón de los Gitanos, hoy Cervantes), Vespasiano, Cardero, Marquesa de Pinares y Naumaquia (hoy Pedro María Plano)”.

En efecto, vimos cómo en los años previos a la Restauración ya se estaba edificando en las faldas del cerro del Calvario en dirección hacia el Guadiana y el Albarregas. Ferroviarios y taponeros fueron los primeros pobladores de esos terrenos que hoy conocemos como *El Barrio*, compuesto por casi todas las calles de la relación anterior.

Al final del periodo que ahora abordamos, en los años de la *Belle Epoque*, comienza otro gran periodo de crecimiento, con el impulso notable de las excavaciones arqueológicas y el auge del turismo. Así, el ensanche hacia el Sur despegaba en esos momentos con una obra básica para abrir paso: la demolición del inmueble que cerraba el acceso de la Plaza hacia el Rastro. Luego se irían poblando las nuevas vías paralelas y perpendiculares a la C/ Nueva en dirección al eje formado por el Conjunto Teatro-Anfiteatro y la Plaza de toros inaugurada en 1914, pero trazada y paralizada desde 1900.

La expansión por el Oeste, la única que faltaba por cuajar, se ejecutó sólo a partir de la inauguración de los cuarteles de Artillería, en la primera mitad de los años veinte, cuando la ciudad se saltó el paso a nivel ferroviario de S. Lázaro con las primeras construcciones aisladas a ambos lados de la Ctra. de Madrid, en los alrededores del Circo Romano.

Las demás líneas de crecimiento se veían aún con mucha distancia. Había que salvar la dificultad de los ríos Guadiana o Albarregas.

1. LA EVOLUCIÓN DE COMERCIO E INDUSTRIA

El inusitado esplendor del comercio que acabamos de exponer en época liberal, decayó tras el declive del lavadero de Carija y el que comenzó a manifestar la industria corchotaponera.

Aquel sorprendente volumen de exportaciones bajó hasta cifras poco significativas por culpa de unas medidas arancelarias que se cocieron muy lejos de los márgenes de actuación que alcanzaba la paupérrima política extremeña.

El negocio de las lanas se extinguió muy lentamente. Mediada la década de 1870 desaparecen los apuntes del Lavadero de la documentación familiar y probablemente cesan también los movimientos económicos y administrativos que daban razón de ser a esa oficina.

Una serie de concausas se repiten en los estudios especializados de este ramo, para justificar la enorme caída del comercio lanar en estos años. Entre otras destacan:

“la aclimatación de la raza merina en otras partes de Europa; el desplazamiento de la lana española en los mercados ingleses por la procedente de Sajonia; la inadecuación de la lana merina a la mecanización que se desarrolla a partir de 1860 y el arancel de Figuerola que autorizaba la penetración en el mercado interior de lanas extranjeras y, finalmente, el hundimiento de los precios en el mercado interior, desde 1881”⁴.

Comienza ahí, sin embargo, el fulgurante y coordinado ascenso de los Pacheco hacia la política provincial y nacional. El heredero del Lavadero de la Concepción –Alonso Pacheco y Blanes, fallecido en 1890– y luego sus hijos Antonio, Carlos y Alonso, sin dejar de ser propietarios potentados, recondujeron su actividad hacia la cosa pública. Todos ellos, o su pariente Toresano, ocuparon la Alcaldía con mucha regularidad, sólo rota por los impulsos de agentes inesperados como Pedro Plano o por el republicanismo de librepensadores, masones y obreros. Allí, muy pocos conciudadanos consiguieron darle relevos cortos, como el citado Plano y García, el industrial corchero Andrés Márquez u otros propietarios como Juan Francisco Gragera.

En la Diputación, los emeritenses lograron también encabezar gobierno algunos bienes. Tal es el caso de Juan Macías, Miguel Nogales o Juan Barragán. Pero paramos en este punto: el poder omnímodo de los Pacheco, asentado en los réditos del negocio lanero, será materia que desarrolle nuestro compañero Rodríguez Iglesias.

⁴ <http://historiadelalana.blogspot.com.es/p/comercio.html>.

La decadencia de las corchotaponeras resulta también muy dolorosa en el tejido social emeritense. Cuando todo apuntaba, tras 25 años de ascenso imparable, a que esta modesta ocupación resultaría absolutamente sostenible en una región tan rica en la materia prima, más grande fue la caída.

En 1886⁵, cuando todavía se percibía como negocio redondo, la instalación de una máquina a vapor en la de los Ingleses, movió a los vecinos de la Travesía de los Descalzos (hoy Vespasiano) a pedir la suspensión de la actividad por las molestias generadas por el vapor y los ruidos. Al final de la denominada edad de oro de los taponeros (1880-1890), cuando ya existe una conciencia social de decadencia, esa misma reivindicación se atenúa. De hecho en 1890, y aunque se añade el riesgo de “partículas de virutas encendidas”, ahora por el contrario “se trata de conciliar la petición con los intereses de los trabajadores”.

En “El Liberal” de 28 de julio de 1893, se despeja el enigma de la caída repentina del sector, precisamente con el testimonio de “un industrial de Mérida” dedicado a las corchotaponeras, que escribe al periódico nacional para hacer llegar el SOS al Sr. Gamazo⁶, a la sazón Ministro de Hacienda en ese instante:

“La gran decadencia de esta industria débese (...) a que el corcho no paga más que un ligerísimo impuesto, mientras que el elaborado adeuda considerables derechos. Las naciones importadoras en vista de tal diferencia, llevan grandes cargamentos de planchas. Haciendo desaparecer de este modo una industria que tan pujante estuvo en Cataluña, Extremadura y parte de Andalucía”.

El propio periódico “de mayor circulación en España” señala a este político en otro punto, como cerrado defensor de unos impuestos “incobrables, otros injustos, otros ruinosísimos para el país”, que dejan “en grave agitación toda la península”.

Diversas movilizaciones y manifestaciones de gran calado se sucedieron en 1894 por todas las ciudades corcheras de la región⁷. Además de Alburquerque, Jerez de los Caballeros o Cañaveral, los corchotaponeros extremeños se vieron “*secundados por el pueblo en masa*”.

En Arroyo del Puerco tuvo lugar una “*manifestación pidiendo se ratifique el tratado hispano-alemán. Las autoridades, el comercio y el vecindario todo se han adherido. El orden ha sido verdaderamente admirable, y los manifestantes han demostrado sus simpatías al*”

⁵ Archivo Histórico Municipal de Mérida (A.H.M.M.), Actas Capitulares, 1886, fol. 187.

⁶ Germán Gamazo y Calvo, emparentó con Antonio Maura extendiendo el enorme poder económico y mediático de la familia.

⁷ El Día, 18 de abril de 1894.

Gobierno y su queja por la actitud de la comisión del Senado. En Mérida la industria, el comercio y todas las clases sociales solicitan de los poderes públicos su pronta aprobación, por considerarlos beneficiosos para los intereses generales del país”.

A mediados de 1895 se extiende en la prensa regional el debate sobre un inmediato Congreso Internacional del ramo en Mérida, intento a la desesperada que finalmente se perdió en fuegos de artificio porque la caída era ya imparable.

A partir del XX la mecanización progresiva acaba definitivamente con este sistema artesanal que empleó a centenares de operarios en Mérida y las comarcas de San Vicente y Alburquerque o Jerez de los Caballeros.

Las *falanges taponeras*, como las llamó un afamado periodista republicano, esos centenares de operarios que llevaban más de tres décadas sin hacer otra cosa, se vieron abocados primero a las movilizaciones, al conflicto luego y por último a la emigración. Moreno Torrado –tal era el periodista y escritor–, lo versificó con gran duelo:

“Se vieron con su partida
Sin inquilinos sus casas
Los círculos sin parroquia,
Los comercios sin ganancias”

Afortunadamente y pese a todo lo expuesto, el movimiento generado en torno al ferrocarril diversificó mucho la oferta industrial y comercial y se generaron abundantes servicios a su sombra. En la memoria que introduce las ordenanzas municipales de 1902, puede adivinarse la magnitud del cambio: pese a la decadencia de algún sector concreto se contabilizan en

“unas 26 ó 28 circulaciones diarias las que sirve en la actualidad la estación de Mérida. Ésta, que es sin disputa una de las más importantes de todas las de las redes españolas, es residencia del Inspector del movimiento, el punto donde se hallan instalados los talleres y almacenes de la Sección de Vía y Obras, contando con un Depósito de máquinas numeroso y estando al frente cae la conservación y reparaciones de la vía un Jefe de Sección, que también reside en nuestra Ciudad”.

En el entorno inmediato de la estación ferroviaria, además de las corchotaponeras heridas ya de muerte, se fueron ubicando otras notables casas como la de José Pi y Caner, especializado en maderas de Suecia y Portugal, o “Hijos de Pedro Macías”, centrados en los ultramarinos y otros útiles domésticos como velas o jabones, con fábrica propia en Villafranca de los Barros.

Este negocio, “*uno de los mejores establecimientos comerciales de Extremadura*”, puede dar una idea cabal de cómo funcionaban las empresas de éxito si atendemos a la descripción realizada en la prensa local⁸:

“La dirección del negocio la llevan en persona D. Juan y D. Eugenio Macías; el primero está encargado de la correspondencia y despacho, el segundo de la teneduría de libros. Los serviciarios á sus órdenes son: cuatro escribientes en el escritorio, cuatro dependientes para el despacho en el almacén, dos mozos y dos viajantes. La casa cuenta con doce representantes, distribuidos en puntos convenientes. Las transacciones mercantiles se elevan anualmente á muchos miles de duros. Tal es hoy el establecimiento comercial fundado en 1857 por el modesto consignatario Pedro Macías, que supo, sin otro capital que su laboriosidad y honradez, sostener con holgura á su numerosa familia y legarles la base de su fortuna⁹ actual”.

El marmolista Ángel Pérez Reina, la fundición de Ramírez y otras muchas firmas se colocaron al abrigo de los caminos de hierro. Paulino Doncel González, compañero de Eugenio Macías en la potente nómina de fundadores del Liceo, transformó la esquina de Marquesa de Pinares con Cardero –antes corchotaponera Henry Bucknall & Sons– en una fábrica de azulejos hidráulicos y saneamientos domésticos. En esa calle de la estación contaba con vecinos tan útiles en ese momento como Daza, que prestaba servicios de reclamación a MZA en caso de extravío o mala praxis en los portes por ferrocarril. Y no muy lejos, en el corazón del Barrio –Muza esquina Augusto– se asentó la competencia en baldosines y materiales de construcción: Vázquez y Guerrero, que en los años de las excavaciones sería la contrata con más trabajo de toda la ciudad (excavaciones en los monumentos, reconstitución de la escena del teatro romano, viviendas de particulares...)

Siguiendo con el panorama industrial, consignaremos alguna otra entre las más relevantes, como Pablo y Gassó o “La Camerana” –fábrica de pastas, jarabes y gaseosas de García de Vinuesa y Teodoro Soriano–, situada en la zona de Atarazanas, otro de los focos de ampliación del mapa urbanístico a finales del XIX, o la de tejidos de yute y algodón (C/ Pérez Hernández, de los Gitanos en plano de 1878). También la de harina, movida a vapor, de los Sres. Ayala en la estación de Aljucén (colonia Cabeza de Hierro) y otra hidráulica en Pan Caliente. Muy cerca de ésta última, el tejedor de Juan del Río con su emblemática chimenea que –probablemente– sea el único vestigio de arqueología industrial del XIX-XX que ha sobrevivido a la piqueta de nuestra culta etapa. Almacenes

⁸ Un crítico por fuerza (pseudónimo de Luis Moreno Torrado: “*Almacén de coloniales de Hijos de Pedro Macías*”. *La República* 27-03-1898.

⁹ El más destacado bien de esa fortuna era el palacete construido en la fractura de la C/ Berzocana, justo donde coincide con la de Manos Albas.

de loza, curtidos, coloniales, bazares con lámparas para darle uso al nuevo tendido eléctrico... se esparcían por el todavía escaso callejero.

1. Cada una de las facetas descritas nos dibujan el devenir de una ciudad que en muy pocos años iba acelerando –con décadas de retraso– el paso hacia la modernidad.

2. Pero pese a todo, una rémora insalvable persigue a estas tierras y desde época muy temprana, los intelectuales locales dejan constancia de su dolor e impotencia. Por ejemplo Plano y García, hablando de una de las dos grandes riquezas objeto de comercio en Mérida durante el XIX, publica¹⁰ la siguiente reflexión:

“Extremadura produce muchas y buenas lanas; pero al tenor de lo que sucedía con los trigos, van a tejerse en Cataluña, Béjar, Portugal y Francia, porque todavía no ha habido quien haya pensado montar en el país una fabricación de este artículo y así, existiendo en él la materia prima, consume luego los tejidos que con ella se confeccionan en otras regiones.

De esperar es que haya quien llegue a saber que Mérida reúne condiciones excepcionales para montar una fábrica de tejidos de lana en grande escala, pues la antigua capital de la Lusitania ocupa casi el centro de la provincia de Badajoz y es entronque de todas las líneas férreas del territorio extremeño”.

Para completar este impulso, sólo haría falta *“que los grandes capitales que duermen estérilmente en las arcas de muchos emeritenses, sean puestos en actividad dando margen a la creación de diversas industrias y de otros muchos negocios que se hallan aún sin explotar”*¹¹.

Ese nuevo camino inversor se intentaría canalizar, también con muy poco éxito, en el proyecto primorriverista del Matadero provincial. Se construye hacia el final del periodo que estudiamos, entre 1926 y 29, obra –como luego el teatro María Luisa– del lápiz de Padrós y la paleta de Adrián Ochandiano.

El nuevo matadero, tras quedar obsoleto el municipal –sito al final de Morerías– se elevará al otro lado del río, como heraldo de la Nueva Ciudad, por donde Mérida habrá de escapar de su secular corsé de agua, hierro y piedra romana.

Los capitalistas fueron escasos entre los propietarios y ganaderos locales, y destacó entre ellos el propio alcalde López de Ayala.

¹⁰ El Día, 04 de enero de 1893.

¹¹ Revista de Ferias de 1918. “La Mérida actual”.

Muy poco después, su viabilidad económica acabó recayendo en las espaldas de la Diputación Provincial presidida por García Guerrero y de los emeritenses a través del Ayuntamiento —en época republicana—.

Uno de los principales accionistas fue Alfonso XIII, que visitó la ciudad y sobre todo las obras citadas, el 17 de diciembre de 1927. Conocía el proyecto a través de su primer impulsor, el citado García Guerrero y entre las ventajas que favorecieron a Mérida figuraban, como tantas veces se había subrayado, su situación, las comunicaciones, sus 18.000 habitantes, la vecindad del río...

El proyecto, pese a sus comienzos tambaleantes, sería con los años uno de los pasaportes hacia la supremacía industrial de Mérida en la región desde mediados del XX y más tarde hacia la capitalidad.

2. 1880-1890: LA REVOLUCIÓN DE LOS SERVICIOS MUNICIPALES

Como punto de partida, conviene recordar aquel nefasto panorama social que dibujó un emeritense bien informado en la prensa nacional de 1851, sólo tres décadas antes del periodo que ahora abordamos: aislamiento, escasez de agua potable, hambre y miseria por doquier, caos en la atención a los necesitados, penosa cárcel, peor hospital, inacción del ayuntamiento...

Tras esos años de inflexión —décadas de los sesenta y setenta— en que ferrocarril, comercio, nuevos efectivos demográficos y otras causas contribuyeron a comenzar el despeque, los sillones de la corporación municipal empiezan a ser ocupados por gente joven, activa y con ganas de sacudirse definitivamente ese sopor de siglos. Pasamos a ver, por facetas, los resultados de ese esfuerzo que plasmaron los mejores representantes de esa nueva burguesía emprendedora y culta:

a) La modernización de los abastos

La construcción del Mercado de Abastos sobre los cimientos del antiguo convento de San Francisco, supuso la culminación de un deseo de adecentar e higienizar ese servicio público. Por apenas 79.000 pesetas se cerró el concurso público y en sólo 15 meses (de 18 de marzo de 1886 a 1 de agosto de 1887) el Mercado de Calatrava estaba concluido.

Plano, el Alcalde que tuvo la suerte de inaugurarlos tras haber estado en la corporación anterior impulsándolo como concejal, propuso también el establecimiento de un mercado alhóndiga donde los productos de la comarca y resto de la región tuvieran salida en esta cabeza de partido.

La Plaza de España fue siempre lugar de encuentros y transacciones, que cumplía con esa misión comercial y la de paseo público todos los días, finalizada la labor. En su primer cometido, un mercado franco llenaba, todos los martes, los soportales de establecimientos ambulantes diversos, donde *“abundan el rico pan casero, llamado de concho, la cecina, los embutidos, las carnes de cerdo y de monte, la volatería, las gallinas y aves domésticas, los peces de agua dulce, los pescados del mar, las hortalizas, las legumbres y toda clase de comestibles y bebibles extremeños”*¹².

La imagen de la plaza, recogida por Felipe Trigo en un precioso y significativo óleo, presentaba hasta los años ochenta un suelo explanado de tierra, con arbolillos de bajo porte hermoando esa superficie entre los caseríos populares del mediodía y los palacetes de la zona norte. Luego cambia de aspecto durante las alcaldías de Benito Torresano (1883-84) y José Becerra (1885-87), acercándose a la imagen que hoy podemos contemplar:

“El paseo consiste en un espacio rectangular, cerrado por una bonita verja de hierro, y en cuyo interior existen calles de acacias y diferentes árboles y plantas floridas, entre las que convidan al descanso cómodos asientos, é iluminado de noche todo el ámbito, por hermosos faroles colocados en soportes de hierro, labrados con bastante elegancia y perfección. En el centro de este paseo, existe una fuente monumental de mármol, con un surtidor para la elevación del agua á bastante altura, y en los ángulos del interior hay cuatro parterres ó jardincillos, de vistoso aspecto y con abundantes flores”¹³.

No obstante, la Carnicería, edificio público situado en mitad de la C/ Cava garantizaba el suministro de género fresco procedente del Matadero y el pescado –naturalmente– sólo se consumía en salazón u otras variedades conservadas por razones obvias, si consideramos los tiempos que todavía requería su transporte desde la costa. Las variedades de río, autóctonas, sí que estaban entre los artículos expuestos en el mercado semanal del ágora.

Por último, leche, hortalizas, legumbres y fruta fresca constituían una transacción frecuentísima en cada calle, pues raro era el campesino que, tras la faena cotidiana, no volvía cada crepúsculo de su huerta o cortinal con el carro y la bestia de carga repletos de esos productos.

El pan, artículo de primerísima necesidad, se retiraba de las tahonas mediante vales para su abono diferido con materia prima o –como siempre– previo pago de su importe.

¹² Melgares Bazago, 1885, pág. 142.

¹³ Melgares Bazago, 1885, *Ibidem*.

En 1894, el alcalde Miguel Calderón retoma la idea de Plano del mercado alhóndiga y promueve un mercado franco semanal, los domingos en el Campo de San Juan, “inmediato al abrevadero de su nombre y al Albarregas”.

Pese a lo expuesto, ni siquiera estas enormes mejoras garantizaron del todo el abastecimiento. En algunas épocas de crisis, se produjeron movimientos poco legítimos por parte de los acaparadores, intentando sacar de la ciudad las reservas de trigo y cereales.

Esos intentos fueron agostados por “revueltas de supervivencia” como las documentadas¹⁴ en mayo de 1898 en medio de la crisis de Ultramar.

El sorprendente poder de unas cuantas amas de casa revolucionadas con razón, unido a otros hechos violentos de los desheredados, hizo pensar a los poderosos propietarios en la necesidad de nuevas guarniciones de fuerzas de Orden Público para Mérida, hecho que se alcanzaría a partir de 1921, con la construcción de los cuarteles.

b) Las fuentes públicas y el problema de las aguas

El suministro de agua potable a la ciudad flaqueaba notablemente en los años inmediatamente anteriores, como puede constatarse en los comentarios que a este respecto plasma Melgares en 1885:

“Conducen el agua que consume el vecindario, dos cañerías, una de arcaduces de barro, á través de un muro sólido de fábrica, perforado con una arcada sarracénica, que no funciona sino en casos determinados, conocida por la denominación de “San Lázaro”, y otra moderna, de tubos de hierro de 20 centímetros de diámetro, subterránea, y la cual abastece con abundante ramal, subviniendo en la actualidad á las necesidades de los habitantes de la población”.

Las corporaciones de los bienios de Toresano y –mas tarde– de Becerra se pusieron manos a la obra e instalaron una red de fuentes públicas en plazas, detallada también en la obra de Melgares:

“Las fuentes públicas se hallan: una en la plaza de la Constitución, otra en el Arrabal, las recientemente fijadas en las plazuelas de San Francisco, San Juan de Dios, Santiago, Santo Domingo, Santa María, calle de Ávalos¹⁵ y el Rastro; fuentes vecinales las siete últimas, provistas de sus grifos correspondientes. Extramuros se encuentran: la del Concejo, de San Lázaro, la Godina, el Borbollón, Rabo de Buey y los pilares de Albarregas, y de Carija”.

¹⁴ Caballero Rodríguez, 2008, pág. 119-120.

¹⁵ Calle Dávalos, junto a la iglesia de Sta. Catalina.

Pero además, un curioso grupo de concejales y técnicos municipales que habrá que tener muy en cuenta de ahora en adelante, trazó otro ambicioso plan a medio camino entre la arqueología y las obras públicas.

Se trataba de rehabilitar, siglos más tarde, ancestrales vías de suministro con la garantía del Imperio Romano, que siempre fue pionero en la excelencia de sus obras públicas. Los ediles Nogales –impulsor del proyecto– Plano y Gutiérrez unidos al perito agrícola y agrimensor Alfredo Pulido trazan un plano del Acueducto romano de Rabo de Buey, marcando, numerando y habilitando además a su paso, cada uno de sus respiraderos. No contentos con hacerlo y conscientes de la entidad del trabajo, publican el folleto resumen en la imprenta de Plano y Corchero.

En otro proyecto diferente, con esa misma plantilla y la participación estelar del sobrestante municipal Antonio Galván Pabón, se van tomando datos del trazado de las primitivas cloacas de la ciudad. Ese trazado, paralelo a las calles modernas, se fue recogiendo en un mapa que existía desde finales del XIX, que fue codiciado por arqueólogos de visita como Schulten o Mérida, y que finalmente publicó Maximiliano Macías en su opera prima de 1913¹⁶. Evidentemente el sueño de volverlas a poner en uso era muy complejo, porque muchas zonas estaban derruidas o fuera de servicio. Pero todavía podían aprovecharse en un buen porcentaje. Con ese estudio en la mano pudo verificarse una práctica muy extendida entre los constructores de casas en el primitivo recinto fundacional, intramuros. Parece que, en cuanto acometían los trabajos en las nuevas edificaciones, contratistas y albañiles procuraban aprovechar la red de cloacas romanas para verter las aguas sucias y así ahorrarse el pozo ciego. Por eso, las calles contemporáneas presentaron un desplazamiento en paralelo buscando el eje de las romanas. Las Ampliaciones¹⁷ de Plano dan testimonio de ello y luego Hernández Ramírez¹⁸ (2004) certifica estas prácticas ya a principios del XX, con datos topográficos y con la certeza de que en las cuadrillas de albañiles se habla de la arroba de vino que gana el que encuentra la alcantarilla romana.

c) La Enseñanza como salvoconducto hacia el ascenso social

Pese a que el índice de analfabetismo –por encima del 80%– se mantendrá en cotas muy semejantes al periodo liberal, durante la década de los 70 decimonónicos se produce un momento sociocultural determinante del futuro. A partir de la Gloriosa van a formarse en España las primeras promociones estudiantiles ajenas al sistema educativo arrastrado por nuestro país desde el medioevo, con absoluta dependencia en sus contenidos de los dogmas irrefutables de la fe católica.

¹⁶ Macías Liáñez, M., 1913, *Mérida Monumental y Artística (Bosquejo para su estudio)*. Barcelona.

¹⁷ Plano y García, P.M.^ª, 1894, *Ampliaciones a la Historia de Mérida de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*, Imprenta de Plano y Corchero - Mérida,.

¹⁸ Hernández Ramírez, J., 1988, *Augusta Emerita. Estructura Urbana* –Diputación Provincial. Badajoz– 107.

Las generaciones que habrían de estar maduras en la Edad de Plata de la cultura nacional, coincidente con el desastre noventayochista de las colonias, se formaron en estos años, conociendo por vez primera los planteamientos laicos de movimientos empeñados en ejercer de contrapeso de la religión, como la Institución Libre de Enseñanza.

Las cifras anteriores al momento que vamos a desglosar eran penosas, con la misma *ratio* entre docentes y alumnos mantenida desde antes de la Guerra de la Independencia hasta casi la Restauración.

Profundicemos, en la situación que presentaban a principios de la década de los ochenta esas escuelas de Primaria, alojadas en los

“conventos de Santa Clara y de Jesús, dirigidas por los profesores D. Juan Sánchez Fuentes y D. Manuel Guerrero, con sus respectivos ayudantes y cuyo personal relativamente alcanzó 147 y 142 alumnos matriculados en el último septenio. Otras dos elementales de niñas en Santa Clara y calle de Mirabeles¹⁹, á cargo de las profesoras doña Antonia Yustas y doña Josefa Rangel, -en igual período- con 200 y 150 alumnas. Una de párvulos de ambos sexos, regida por el profesor D. Luis José González, subvencionada por el Ayuntamiento para la admisión gratis en ella de treinta niños hijos de padres pobres”²⁰.

Con esa masificación y ese rosario de ubicaciones por todo los locales ruinosos del casco histórico, la primera gran preocupación de las corporaciones siguientes fue conseguir un nuevo inmueble con aulas capaces y pensar en su logística. Pero también construir una nueva mentalidad a la hora de abordar un servicio público que no todos los gobiernos estiman en su justa valía.

Para ver en detalle cómo las corporaciones de Becerra, Toresano y por último la de Pedro María Plano se afanaron en revertir esta situación, recomendamos consultar el magnífico libro al respecto de Pulido Romero²¹.

No sorprende que en todas las fases intermedias del proyecto, especialmente en la de su dotación, estuviera presente la mano del concejal y Alcalde de esos años y aficionado a la arqueología, D. Pedro M^a Plano, que tiene muy claras sus prioridades:

“La falta de instrucción popular es, á nuestro entender, uno de los mayores males, si no es el principal que aqueja á España (...) para combatirlo no vemos

¹⁹ Luego Romero Leal.

²⁰ Melgares y Bazago 148.

²¹ Pulido Romero, M., 1985, *La escuela emeritense en el siglo XIX*. Patronato de la Biblioteca Pública Juan Pablo Forner y U.N.E.D. Los Santos de Maimona.

otro remedio más eficaz que la enseñanza primaria obligatoria y gratuita para todos y á cargo del Estado; pero para ello se necesita formar verdaderos pedagogos y retribuirlos bien”.

Su opinión política sobre la enseñanza –aún competencia de los ayuntamientos– es tan contundente como basada en datos objetivos. Tanto que, cuando expone toda esta doctrina²², anticipa en una década los derroteros que habrá de tomar la política educativa nacional en los albores del XX. Y aún va más allá, camino de la conciliación familiar del XXI:

“Mas no es esto bastante. Para que la enseñanza dé frutos, es lo primero profesores aptos y material apropiado al objeto; pero se necesitan también alumnos, y la puntual asistencia á clase no se conseguirá nunca en tanto no sea carga municipal el sostenimiento del niño pobre durante el día en las escuelas, porque no es posible exigir á la familia jornalera que la madre desde el río ó el padre desde el campo puedan cuidarse de otra cosa que de ganar el sustento para su prole”.

El panorama experimentaría cambios evidentes. Hasta 1880 al menos, la vinculación de las clases trabajadoras, especialmente de los braceros y sus hijos era escasísima. En palabras del emeritense Bohoyo Velázquez²³: “*La mayor parte de los obreros del campo viven en la más absoluta de las ignorancias. De padres a hijos y de generación en generación pasan las escuelas públicas desapercibidas para los campesinos*”.

La inauguración de ese Palacio de las Escuelas Municipales²⁴, entre otros factores que venimos valorando, acarrió un despertar en el interés por el conocimiento, único trampolín de progreso que tenían a mano. Fuera del horario infantil de las escuelas, incluso, se abrió en el antiguo Pósito²⁵ otra de adultos, nocturna y costeadá también por el Municipio bajo la dirección de los mismos profesores, que alcanzó dos centenares de matriculados²⁶.

Esta última cifra sí que debe ser considerada, porque hablamos de un porcentaje considerable de la población total. El fenómeno puede interpretarse de muchas maneras, pero habrá que convenir en que algo estaba cambiando en el tejido social cuando 200

²² Plano y García, P.M.^a, 1891, *Los Males de la Patria y sus remedios*. Mérida, Imprenta de Plano y Corchero.

²³ Bohoyo Velázquez, I.F., 1984.

²⁴ La construcción del nuevo Palacio de las Escuelas Municipales abrió también la primera puerta a la visibilidad del Arco de Trajano.

²⁵ “El local del Pósito, en la esquina de Valverde Lillo con Trajano, se derribó en mayo de 1.984. Encima del dintel de la puerta existía una pequeña lápida de mármol en la que se podía leer “*Escuela de Adultos*”. En Pulido Romero: 1985.

²⁶ Melgares, *Ibidem*. 148.

adultos de familias poco favorecidas se aprestaban a pasar sus únicas horas libres –las del anochecer– agarrados a unos libros que tocaban por primera vez. Esa fiebre por la formación debió llegar también a las castas más desfavorecidas, que, no conviene olvidarlo, por primera vez se alineaban en círculos y sociedades recreativas y recibían nuevas ideas a través de los nuevos gremios llegados al socaire del ferrocarril.

El Real Decreto de 26 de octubre de 1901 descarga a los ayuntamientos de un gran peso:

“Los sueldos de los Maestros de las Escuelas públicas de primera enseñanza se satisfarán por el Estado, con cargo al presupuesto del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes”.

Ese cambio modernizador revalorizaba el esfuerzo que acababa de realizar el municipio emeritense a finales del XIX. La apuesta en cantidad y calidad de su inversión educativa fue tal que, pasada más de una década, con Plano ya difunto e inmersos en la siguiente centuria, las ordenanzas municipales de 1902 recogen al respecto un pasaje revelador del orgullo que sintieron sus contemporáneos por este *“suntuoso Palacio de Santa Clara, edificio hecho de nueva planta para el fin que hoy sigue, que envidiarán, de seguro, casi todas las capitales”*.

La enseñanza privada también va tomando cuerpo en la ciudad y ya en esos finales del XIX y primeros compases del XX cuenta con escuelas de Primera Enseñanza en manos de particulares, como el Colegio San Juan, de Justo Puig en la C/ del Puente, 17, también con academia nocturna para adultos o el Colegio Ntra Sra. del Carmen, de Matilde y Justa Serván, en la propia Pza. de la Constitución. Se asienta también en la C/ Obispo y Arco el Colegio de Siervas de San José, congregación que no se olvidó de las clases menos favorecidas.

La etapa siguiente, la enseñanza secundaria, quedaba cubierta por un sistema parecido a los conciertos actuales con centros privados, ciclos que concluían con un examen por libre en el instituto provincial de referencia, en este caso el de Badajoz. El Colegio “El Emeritense”, sito en la Rambla de Sta. Eulalia, n.º 23 y dirigido por Manuel Torrejón ya en 1890 acoge también alumnado interno y acepta becarios del Ayuntamiento. El Colegio Sta. Ana, con edificio propio en la Pza de Sta. Clara, n.º 1 y un profesorado numeroso y con reconocido prestigio en sus respectivas áreas docentes, acabaría siendo el germen del pionero de los institutos de la ciudad: el Santa Eulalia.

También había academias privadas de formación profesional muy específica, como la regentada por Juan Lozano, de formación militar con un cuadro de profesores expe-

rimentados y alumnos que luego alcanzaron importantes cotas profesionales y otra de Correos.

Existe aún una tercera vía para la docencia en esa Mérida hiperactiva y pujante. Las escuelas laicas se postulan desde los primeros compases de 1889²⁷ como alternativa para quienes no deseen una formación dirigida por el clero o por el Estado, siempre sometido ideológicamente a ella a través de los partidos monárquicos –conservadores o progresistas–:

“laicismo es saber, ciencia y arte, trabajo y virtud. Y ya van tocando a su fin aquellos tiempos en que se recitaban fárragos de imposible digestión intelectual, de sucesos absurdos y milagros en pugna con el sentido común y la sana razón”²⁸.

Sus promotores salen de una combativa alianza de obreros y profesionales liberales que se autodenominan “librepensadores” y que tienen sus propios códigos, sus lugares de reunión y su periódico local –“La Voz del Pueblo”– y alguno más a nivel nacional como “Las dominicales del Librepensamiento”.

La escuela laica tiene la misma aspiración de visibilidad que el resto de sus *herejías* sociales. Subyace siempre en estos divergentes el firme deseo de cambiar las cosas y hacerlo pronto, porque todos comparten la teoría de que nuestro país ya llega muy tarde a la carrera del progreso en Europa. Se erigen por ello en socios promotores a cuyo cargo están los gastos de estas unidades docentes.

En el citado periódico “Las dominicales del Librepensamiento” de 3 de enero de 1891 se eleva a conocimiento de todos los correligionarios del país una crónica tomada de “El Diario de Badajoz”, el hermano capitalino de “La Voz” y luego de “La República”, todavía por nacer (1897-1905). Se narraba allí lo que sucedió en la Escuela Laica de Mérida, con motivo de una sesión pública para examinar a los niños que se formaban en ella, el domingo 21 de diciembre de 1890. Los maestros de la ciudad concurren, invitados por la organización, y se admiraron según el redactor, de los progresos de los alumnos en general y de alguno en particular. Hubo otro testigo, el redactor de El Emeritense, cuyo testimonio no hemos podido cotejar. Sin embargo la oficialidad no asistió al acto, incluidos los representantes republicanos en los sillones municipales.

La escuela laica presenta, según este *Diario de Badajoz*, “un carácter más práctico que teórico (...) y supone una revolución de la enseñanza”. Con mayor o menor apasionamiento en el análisis pormenorizado de los exámenes orales de los chicos, se habla de niveles de cálculo, dictado, geografía, gramática o derechos de los ciudadanos, tan superiores

²⁷ El Motín, número de 30 de mayo de 1889.

²⁸ “Enseñanza laica” R. de Castilla Moreno. Semanario La República, Mérida - 1º de mayo de 1904.

a los de las escuelas tradicionales que casi se alcanzan los de un Instituto de Segunda Enseñanza, cuando no se roza el de alguno de los maestros, concluyendo en resumen que *“sin costar al municipio emeritense ni el menor sacrificio, está a más altura, quizá que ninguna otra escuela de Extremadura y es el primer ejemplo en su clase y un foco vitalísimo de civilización para Mérida”*.

No hubiera sido difícil ridiculizar esta afirmación para cualquiera de los presentes o de los afectados, si hubiera sido falsa. Pero esa franca actitud de exposición pública, de acercamiento al común de los conciudadanos, sólo encuentra a cambio el *ninguneo* permanente de las instituciones.

La prensa republicana y librepensadora no se achica y afea la conducta a los representantes públicos, que ni siquiera bajo invitación formal se acercan a conocer los pormenores de una institución docente legal, y cuando menos tan respetable como el resto. Tampoco para conocer una visión distinta, siendo la administración local garante del sostenimiento de la escuela pública y cargando en las espaldas del contribuyente los gastos de maestro, local y utillaje.

Unos años más tarde, seguramente después del Real Decreto de 1 de julio de 1902, que imponía el registro oficial de todas las escuelas privadas además de unos severos requisitos obligatorios, las escuelas laicas emeritenses pasaron al olvido. Tanto, que apenas quedan de ellas unas pinceladas que pretendemos ponderar.

La educación no formal conoce también el impulso meteórico que demanda esta inquieta sociedad. En el marco del Ateneo pacense o el Liceo emeritense, instituciones imbuidas de la ideología republicana y de la masonería más activa, cuaja y se redirige esa idea de educar a los hijos de las clases obreras como mejor opción para el progreso social. En Mérida, aquella filosofía se hace carne en la Sociedad Liceo de Mérida, escisión de la Lírico Dramática que entra en escena social allá por febrero de 1901. En la segunda década del XX y aún antes, la Real Sociedad Económica de Amigos del País ofrece clases de dibujo también a los hijos de obreros, como hizo en el Periodo Liberal a través de Luis de Mendoza.

Para cerrar con los colegios gestados –que no inaugurados– en este período, destacamos que en la denominada *cerca de los frailes*, huertos anejos al Convento de Sto Domingo, se construyó en los años 20 la segunda Escuela Pública de la ciudad, que se concluiría en los estertores del régimen de Primo con el nombre asignado del entonces Director Gral. de Primera Enseñanza, el emeritense Ignacio Suárez Somonte. La proclamación de la Segunda República se interpuso en ese plan y el centro viró hacia otro homenaje: “14 de abril”, pasó a llamarse. En el cerro del Calvario, el Colegio de los ferroviarios abrió muy poco después.

La visita de Luis Bello y la posterior aparición de las aulas emeritenses en su libro “Viaje a las escuelas de España”, supone una piedra de toque para conocer la situación durante esa etapa primorriverista que también analiza con éxito Pulido Romero²⁹.

d) Salud e higiene: nuevos paseos, parques y medidas sanitarias.

Salvado el problema de los enterramientos con el nuevo cementerio, inaugurado en 1867 y controlados los principales problemas de salud e higiene que la Mérida decimonónica venía arrastrando, (tisis, fiebres tercianas y paludismo –gracias a la gran labor del Dr. Fadón–), la Junta local de Sanidad elabora un plan de actuación en caso de epidemias. De hecho, hacia 1884 se extiende desde D. Benito una de cólera y en 1887 otro gran brote de paludismo en la zona de Albarregas, que tratan de atajar con la plantación de eucaliptos, especie considerada muy útil al efecto.

La estación de ferrocarril se convierte en el punto de encuentro y sede del Delegado Especial de Sanidad. En grandes emergencias como la vuelta de los repatriados de las Guerras coloniales, pudo palpase ese nuevo núcleo que “modernizaba” así las funciones de cordón sanitario de las antiguas puertas de la ciudad cerradas a las epidemias.

Muy relevante fue también la Peste de Oporto, en 1899, que sorprendió a nuestros bañistas en Figueira y otros pueblos costeros lusos. En la estación de Elvas tuvieron que pasar esa prueba sanitario/aduanera de finales del XIX.

El Hospital S. Juan de Dios completa, en la medida que puede hacerlo una instalación municipal, el panorama de atención directa.

En cuanto a higiene y ornato, la ciudad deviene más limpia y amable, con entornos naturales que complementan ese catálogo de servicios públicos que hemos venido describiendo. Todo empezaba para el espectador foráneo en la propia estación de ferrocarril, con notas de progreso que repercutían en la calidad de vida del turista y de los naturales, como la esmerada ambientación floral que Sinesio Delgado³⁰ destaca en 1897: “*La estación es un verdadero jardín. Por la parte de Ciudad Real especialmente hay tal abundancia de rosales que la atmósfera parece la del camarín de una odalisca*”

Los años de 1883 a 1887 suponen también el cambio de la plaza de la Constitución –España– con la nivelación del suelo, la construcción de las nuevas casas consistoriales y una espléndida fuente monumental. Las palmeras, colocadas hacia 1905 son la guinda decorativa de esa gran reforma.

²⁹ Pulido Romero, M., 1991 *Recorrido por la escuela pública: Mérida (1900-1950)*, Mérida: Ayuntamiento.

³⁰ Sinesio Delgado, 1897, *España al terminar el siglo XIX 1897-1900* - Hijos de M. G. Hernández, Impresores, C/ Libertad n.º 16 - Madrid.

En esos mismos años 80, el Alcalde Plano aborda una actuación sobre el Paseo del Arrabal (la Rambla), con el adecentamiento y reordenación de esos vergonzosos espacios tan cercanos al acceso a la ciudad desde la Corte y a la Iglesia de Sta. Eulalia. Precisamente uno de los monumentos de advocación a la patrona local, el obelisco, va a ser objeto de limpieza y restauración así como de posterior traslado y delimitación con una valla metálica que le impondrá un aspecto más moderno y presentable. Todo apunta a una nueva mentalidad en la que el visitante comienza a percibir el cuidado por *“los tesoros artísticos que en su recinto guarda, por el ambiente de alegría que la envuelve y por la amabilidad casi excesiva del vecindario, que se desvive y desoja por obsequiar á los forasteros”*³¹.

Los años 90, los más progresistas de este período, vieron también notables avances en materia de atención a los desfavorecidos, con el ayuntamiento volcado en medidas que supusieron una auténtica liberación para las familias acuciadas por el hambre. Al notable incremento en las partidas para atender dificultades socioeconómicas de braceros y desheredados, se sumó también el número de nodrizas para mujeres pobres que no podían amamantar a sus vástagos, que se duplicó en la primera mitad de la década.

La Mérida pujante que pocas décadas atrás procuraba enterrar bien a los muertos, hoy cuidaba facetas tan modernas como la salud preventiva, el ejercicio físico o la distribución de los medicamentos.

El Centro Farmacéutico, que venía actuando en Madrid desde 1910, abre dos sucursales años más tarde para dar mejor cobertura al territorio nacional: la de Valladolid, y la de Mérida en 1916. Inicialmente la de nuestra ciudad se ubica en la calle del Puente y abastece de medicamentos a todos los farmacéuticos locales, que poco a poco se apartan de las fórmulas magistrales elaboradas en sus reboticas y saltan a la modernidad mediante esta sociedad con aspecto de almacén mayorista, pero que supone –por inmediatez– una considerable mejora en la salud de los vecinos. La gestión de César Murillo de la Cueva eleva las ventas exponencialmente³² al final del periodo estudiado.

e) Agricultura y propiedad de la tierra

Otra faceta de servicio público que se replantea y moderniza en el Ayuntamiento es la de la explotación de las tierras comunales y la custodia de las privadas. De hecho, en las actas de la sesión de 19 de junio de 1892 se abre un grueso debate que responde a la ruptura política más importante de este bienio: la supresión de la Guardia Rural y también el reparto de las tierras del Prado entre los braceros menos afortunados, dos

³¹ Sinesio Delgado, *Ibidem*.

³² De las 91.166,55 ptas. en ventas de 1929 al final de la última gestión, salta a 222.933,15, el año 1930 y 472.319,14 pesetas en 1931. Revista de Ferias de 1933.

medidas que se corresponden con el perfil político del consistorio en los años 1892-95: una presencia mayoritaria de republicanos³³.

Conocedor de que los ataques a la medida habrían de venir por ahí, el ponente republicano Fdez. Tamayo compara estos gastos con otros dispendios municipales, como la Academia de música³⁴, la de dibujo o cualquiera de los destinados a instrucción³⁵ que ya desde los Alcaldes Becerra y Plano habían crecido desmesuradamente, dando un sesgo modernísimo a un ayuntamiento anquilosado en las reglas del Antiguo Régimen.

Así, don Faustino se faja en dejar –negro sobre blanco– la prioridad política de esta nueva época. El ayuntamiento del bienio 1891-93, *“consagra especial atención a los intereses morales ensanchando la base de cultura e instrucción de sus habitantes y atiende con especial solicitud a las clases desvalidas en sus necesidades”*.

Está definiendo Fernández Tamayo todo un credo sociocultural que continuará luego muy vivo en la filosofía del gran movimiento asociativo que nacería y crecería con el siglo XX: el Liceo. Y para no dejar cabos sueltos pone de relieve la gran diferencia: *“Estos servicios tienen un carácter más general que el que presta la Guardia Rural, pues, mientras ésta se dedica a la custodia de intereses particulares, los otros alcanzan a todas las clases sociales”*.

Así pues, el año 1892 y siguientes debieron ser momentos muy delicados para los valores tradicionales de la política municipal: cambios y más cambios... Para los monárquicos tocaba revolverse y revertir las cosas al punto de donde no deberían de haber salido.

Sin embargo, de la excelente gestión económica de aquellos republicanos de la Primera surgió un superávit suficiente para que se volviera a pagar la guardería rural al poco tiempo. Un grupo de propietarios insistió precisamente en que quedaba dinero sobrado en las arcas para afrontar ese capítulo, de larga historia en el municipio.

³³ Moreno Torrado, defiende en el editorial de 5 de mayo de 1901 de La República de título “A cada cual lo suyo”: “Si no estamos mal informados, el partido republicano, después de gloriosas campañas electorales, consiguió dominar en el Ayuntamiento entre 1892 y 1895 y tan honrada y beneficiosa fue su administración para el vecindario, y principalmente para las clases menesterosas, que esos tres años se recuerdan con orgullo por las personas imparciales”.

³⁴ Como vemos en este mismo capítulo, en 1888 la sociedad Fomento Musical creada y presidida por Plano en 1884 se disuelve y el consistorio acuerda crear una Escuela Municipal de dicha arte –con local en el Pósito y dotada con los materiales de la extinta– y subvencionarla nada menos que con 2.000 ptas. (f.118). Durante varios pasajes de la Escena 1ª se trata esta adición del ex-Alcalde a la música culta.

³⁵ Conviene recordar que los estipendios de los maestros correspondían a los ayuntamientos hasta 1900 en que durante el mandato del Ministro García Alix pasan a depender del Tesoro Nacional, y concretamente de la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes. Ver al efecto, Pulido Romero, M. 1985. De igual modo, se beca a determinados estudiantes emeritenses para completar estudios en otras ciudades. Tal fue el caso de D. Ignacio Suárez Somonte al que se beca con 150 ptas para completar su primer año de licenciatura (Suponemos que en Ciencias) en Sevilla. Lo culmina, pese a sus obligaciones militares y obtiene además el premio de Geometría. El segundo año, se le deniega idéntica cantidad por falta de fondos.

Días más tarde, otra medida de las fuerzas concejiles mayoritarias vino a mejorar la situación de los más humildes de la localidad. Según las actas municipales³⁶, ya el 4 de octubre 1891 se había presentado un proyecto de roturación de maleza en la dehesa boyal de El Prado, y se propugnaba un reparto entre los trabajadores en paro provisional.

El 18 de noviembre 1892, cuando cuadrillas de labradores pobres mendigaban ya por la ciudad, se aprueba definitivamente la roturación de la finca El Prado y tras pasar los oportunos trámites en el Gobierno Civil, la medida se eleva a definitiva. Esta noticia se convirtió así en un magnífico regalo navideño para el atribulado bracero emeritense y la reacción popular publicada en el número del 24 de diciembre de *Región Extremeña* evidencia lo que suponía para esas maltratadas economías de subsistencia. No bastaba con conocer el visto bueno, los beneficiarios necesitaban celebrar esa victoria de los republicanos:

“La sesión celebrada el domingo por el expresado ayuntamiento y en la que se dio cuenta de la resolución mencionada, se vio favorecida por un numerosísimo público.

Para nadie era un secreto ya la aprobación del expediente; pero eran muchos, muchísimos, los que querían oír leer el oficio del Sr. Gobernador civil interino, comunicando dicha aprobación al Alcalde de Mérida. La sesión fue presidida por nuestro querido amigo D. Faustino Fernández Tamayo.

Mientras se celebraba, los jornaleros llevaron a la plaza –donde están situadas las Casas Consistoriales– la banda municipal. El entusiasmo del público al dar lectura del oficio del Gobernador fue grandísimo”.

No fue por capricho esta tumultuosa muestra de agradecimiento. De la importancia real de la medida comunitaria recién adoptada habla Bohoyo Velázquez³⁷ y marcando en ella la nota de calidad de vida que adelanta al campesino emeritense respecto a la miserable media del resto:

“(…) hay pueblos que marcan la excepción. Tal es el caso de Valle de la Serena, Tamurejo y Garbayuela, donde abunda la pequeña propiedad y los jornaleros apenas existen. Lo mismo sucede en Villanueva del Fresno y Mérida, en que los terrenos del común suelen repartirse entre los vecinos desposeídos (fundamentalmente en los años finales del siglo en que la crisis agraria se endurece), los cuales gozan de la posesión mediante el pago de un canon anual al ayuntamiento”.

Y como el avance social tenía padres y padrinos, además de Tamayo, se resalta en la crónica del periódico “correligionario” el acompañamiento de otros protagonistas, especialmente el futuro alcalde Zancada:

³⁶ Hidalgo. O.C.

³⁷ O.C.

“El ayuntamiento acordó dar un voto de gracias al diputado provincial y amigo nuestro, D. Carlos Pérez Toresano y al Concejal D. Fernando Zancada, que vinieron a Badajoz, como saben nuestros lectores, para gestionar el pronto y favorable despacho del expediente que dormía de un modo profundo, merced a las influencias de los caciques.

Nuestros plácemes a los señores Pérez y Zancada, así como al Sr. Fernández Tamayo y los demás concejales que tomaron el acuerdo de roturar la Dehesa”.

Entre 1891 y 1894 se acuerda también el reparto de la finca Royanejos. Estas medidas, tras siglos de cesiones y concesiones de los terrenos comunales a los terratenientes, de por sí poderosos, supone un giro que había de remover conciencias. No debe ser casual que en esos meses, el periódico de los librepensadores, republicanos, laicos y combativos, *La Voz del Pueblo*, llegue a convocar³⁸ un congreso revolucionario en nuestra ciudad.

f) Nueva estrategia en materia de Patrimonio Histórico

A partir de mediados del XIX, la epigrafía se había convertido en la especialidad señera de la Anticuaria nacional. Las Academias, con especialistas como Amador de los Ríos, Juan Catalina García, el padre Fita, el alemán Emil Hübner³⁹, vienen documentando las inscripciones latinas existentes y estudiando cuantas aparecían en los predios de la ciudad o los terrenos circundantes. En ese sentido, también orientarán en esa dirección a los eruditos locales, demandando a sus correspondientes los calcos de las diversas piezas.

Esas visitas se consideraran importantísimas por la aristocracia intelectual emeritense del momento, pues describen con autoridad el camino a seguir en la conservación y la promoción del yacimiento

“Bien por el desarrollo que alcanza la general cultura, bien porque los ferrocarriles, facilitando las comunicaciones, lleven a sus ruinas con más frecuencia que antes anticuarios entendidos, que generalizan entre los emeritenses los rudimentos fundamentales de la Arqueología, (...) sea que la ilustre capital de Lusitania se va acercando, aunque lenta y pobremente, al único período de restauración material que parece haberle reservado la fortuna desde su destrucción por la reconquista española”⁴⁰.

Como vimos, otro grupo autóctono había trabajado ya un proyecto como ejercicio de obras públicas: el estudio de la canalización romana de Rabo de Buey. Encabezado

³⁸ Según cuenta a posteriori “El Motín” de 2 de julio de 1892.

³⁹ O en menor escala y en Extremadura, el Marqués de Monsalud, con connotaciones morales muy discutibles.

⁴⁰ Plano y García, P.M.^a, *Ampliaciones...*, 72.

por Plano –siendo concejal– y sujetos al proyecto de Nogales, con la importantísima participación de Gutiérrez y Alfredo Pulido, ese estudio terminó cerrándose y publicándose en 1889. Eso supuso un giro radical en las tendencias epigrafistas. El análisis de la ciudad monumental como conjunto comienza a tomar carta de naturaleza.

Encendido ya el gusto por la Historia, el propio Alcalde Plano intentó⁴¹ la *caza mayor*, pero Pacheco tenía otros planes para esos terrenos de las Siete Sillas, que es de suponer que eran municipales aún, cuando nada se habla de que hubieran de expropiarse antes de intervenir:

“Siendo yo alcalde, el año de 1888, y como quiera que la Subcomisión apenas existía más que en el nombre, me aventuré a hacer algo y obtuve autorización del municipio para gastar hasta cuatro mil pesetas en desescombrar el Teatro y la Naumaquia; más cuando ya había descubierto las puertas ecuestres, sacando de entre la tierra magníficas piedras de mármol primorosamente talladas que revestían sus frentes, el vicepresidente de la Subcomisión me puso el veto para continuar por estar obrando fuera de mis atribuciones, y hube de cesar forzosamente en mi empresa mandando al Museo las citadas piezas y perdiéndose la oportunidad para quedar libres de escombros ambos edificios...”.

Muy poco después, Pedro Plano comprendió que había que seguir sumando piezas al joyero arqueológico emeritense, aprovechando el crecimiento urbanístico de la Mérida del momento:

“...ello es que su población crece a vista de ojos y se fabrican nuevas casas, único medio que allí existe, pero siempre seguro, de descubrir antigüedades. Así van menudeando los hallazgos peregrinos, que el gobierno y las autoridades excitan cuanto pueden”⁴².

Ordenar y catalogar las piezas conocidas en un nuevo Museo más fuerte se convierte en asunto prioritario para él, la mejor estrategia hacia la reordenación y el empoderamiento de la Subcomisión de Monumentos emeritense, y como consecuencia, del yacimiento más importante de la península, como el futuro se encargaría de demostrar.

Una entente de amigos y compañeros en esa Subcomisión habría de mantener abierto, sin más fondos que la buena voluntad o la afición a la Anticuaria, el nuevo Museo y los habituales de la Plaza sabían que Manuel Gutiérrez, dulcero, era a su vez el llavero más cercano. Aunque a veces el engranaje fallaba y dejaba rastro en la literatura de viajes:

⁴¹ Plano y García, P.M.^a, *Ibidem*, 30-31.

⁴² Plano y García, P.M.^a, *Ampliaciones...*, 72.

“Es bueno solicitar la llave del museo temprano por la mañana, cualquier chico la conseguirá o el policía de servicio en la plaza mayor indicará dónde vive el guarda. Este hombre estaba fuera cuando visitamos Mérida con lo cual nos fue imposible ver el museo”⁴³.

Pero no bastaba con recuperar lo hallado y ponerlo bajo control; había que contener también la hemorragia de piezas arqueológicas que constantemente salían en el bolsillo o el carronato de cualquiera. Por un lado ávidos coleccionistas como el marqués de Monsalud, que todo lo compraba

“De Mérida me traje dos trozos de mármol con bonitas labores visigóticas. Uno está labrado con idéntico dibujo por ambas caras. Encontrados junto a la iglesia de Sta. María, proceden sin duda de la antigua basílica emeritense. También he adquirido una bella estatua de mármol, mutilada, que parece representar a Diana”

“(En Mérida) También me he proporcionado una docena de columnas de mármol con sus basas y capiteles, proponiéndome utilizarlas en esta casa en la construcción de una galería”⁴⁴.

Por otro, y como consecuencia directa de la ausencia de una Ley nacional proteccionista de los hallazgos arqueológicos, el mercado seguía muy abierto para cualquiera. Y no siempre por dinero. Todo esto, unido a la escasa cultura de los mediadores locales, provocaba situaciones delirantes para algunos viajeros coetáneos como el ya citado periodista Sinesio Delgado⁴⁵, que narra otra peculiar anécdota, a todas luces creíble:

“Todos los días, al practicar excavaciones ó al hacer reformas en los edificios, se encuentran sepulcros, cacharros, armas, joyas y, sobre todo, monedas. Estas últimas abundan hasta el punto de que los naturales del país no conceden al hallazgo la menor importancia. Á mi me han regalado de buenas á primeras una colección de ochavos preciosos (como ellos dicen), ni más ni menos que quien obsequia con un puñado de cacahuets (que aquí se llaman avellanas por cierto, para que uno no sepa á punto fijo lo que compra)”.

⁴³ E. Main, 2002, (*Cities and sights of Spain. A handbook for tourists. 1899*) en Marín Calvarro, Jesús A., *Extremadura en los relatos de viajeros de habla inglesa (1760-1910)*. Diputación de Badajoz Dpto. de Publicaciones, Badajoz.

⁴⁴ Carta al Padre Fita de 2 de abril de 1899, en García Iglesias, L., *El noble estudioso de Almendralejo. Autógrafos del Marqués de Monsalud en el Archivo del P. Fidel Fita S.J.* Dpto. de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Badajoz, Colección Historia n.º 22. Badajoz 1997.

⁴⁵ Sinesio Delgado, *Ibidem*.

El único obstáculo –según palabras del misogino Monsalud– para un expolio ventajista y demasiado sencillo, lo constituían hasta esos años las avariciosas esposas de los lugareños:

“Menos mal si en la casa sólo hay dueño, entonces, en condiciones más o menos onerosas, aún se puede recoger la piedra; mas si por desgracia se tropieza con mujer, entonces, ¡Dios nos asista! El doméstico tirano con faldas, invariablemente una hembra de tez de cordobán y marcial aspecto, tercia en la cuestión y ni los tesoros de Creso bastarán para saciar la insana codicia, y allí se queda; mas no hay que creer por ello que la apreciarán más de allí en adelante, pues vuelve al anterior abandono y no tarda en verse destruida ó extraviada”.

Pero cuando Plano y García reordena el marco institucional y las pautas a seguir, el Marqués se revuelve y reclama la intervención de la Academia en carta a Fidel Fita de 8 de marzo de 1899: *“Mucho es preciso hacer allí verdaderamente y es vergüenza para el decoro nacional que nada se haga. Es preciso que la Academia se tome interés en el asunto desentendiéndose de los “Adanes” de aquella Subcomisión”*⁴⁶.

La estrategia del ex-alcalde, ya investido como autoridad arqueológica y metido en faena, resulta a partir de ahora mucho más proactiva. En 1892 Pedro María Plano, en nombre de la Subcomisión de Monumentos avisa al Alcalde Antonio Murillo de la Cueva de la aparición, durante las obras de cimentación en casa de Antonio Correa Coster, en la C/ Berzocana, de una “cabeza de mármol” en terreno público para alineación. Llamado a capítulo por el edil, Correa aporta su versión: el busto estaba en los límites de su propiedad. Y una excusa poco estimable: que se la había prometido a su amigo José Domínguez. Le piden su depósito en el Ayuntamiento a lo que Correa se niega por segunda vez *“con el debido respeto”* porque *“hera (sic) suya y que la Subcomisión de Monumentos no tiene más derecho que comprarla, si se la vende”*⁴⁷.

La publicación, en la imprenta de Plano y Corchero, de las Historias de Mérida de Forner y Segarra (Las antigüedades de Mérida, Metrópoli Primitiva de la Lusitania), Fdez. Pérez (Antigüedades de Mérida), ambas de 1893 y la del propio Plano y García (Ampliaciones a la Historia de Mérida...) en 1894, supuso otra grandísima iniciativa de este último, que ponía corolario al esfuerzo por retomar con orden el control de la arqueología local como fuente de riqueza y desarrollo.

Antes de morir, Plano intervendría también en varios hallazgos de mosaicos en 1899. El más significativo de ellos fue el de Annius Bonius, aparecido en las inmedia-

⁴⁶ García Iglesias, L., *Ibidem*.

⁴⁷ Y hasta 1911 así fue, porque hasta entonces no se aprobó la Ley que protegía el patrimonio histórico artístico en favor del Estado.

ciones de la estación y que contribuiría con su propio peculio⁴⁸ a extraer y acondicionar para el Museo. La persona encargada de esa tarea fue Casimiro González, militar profesional y miembro muchos años de la Subcomisión. No era frecuente aún ese tipo de trabajo de despegar y recomponer la musivaria para mostrarla al público en una colección, por lo que González Izquierdo es en ese sentido un pionero, un precursor de esta técnica.

El Museo permitía muy pocos ingresos más, porque el Teatro Ponce de León estrangulaba cualquier crecimiento proyectado. Se limitaba entonces a dos salas reducidas –la de escultura y la de epigrafía– y un patio interior, en las entrañas de la propia iglesia de Sta. Clara.

Un poco más tarde, con motivo de las obras de la Plaza de Toros, la tierra del cerro de San Albín comienza a dar frutos arqueológicos: una lápida y al menos cinco estatuas de gran porte aparecen en ese espacio suburbano. Lo que antes se marcaba en los mapas anticuarios como “torre morisca” o término semejante, ahora cobra gran importancia como yacimiento. Las religiones orientalistas –Mitra, Serapis...– tuvieron allí gran protagonismo según aseguró unos años después el arqueólogo alemán Schulten, de paso por la ciudad.

La parte societaria del proyecto taurino debió resquebrajarse en algún momento de los primeros compases del XX. Schulten, como decimos (1905) y Mérida un par de años más tarde, pasan por el yacimiento y allí encuentran deteriorándose las estatuas halladas en esa primera oleada de obras y excavaciones de finales del XIX.

Por fortuna, en esos cinco años después de la muerte de Plano, un grupo de coetáneos mantuvo buena parte de sus estrategias y filosofía regeneradora. La semilla había germinado y el semanario *Plumas Nuevas*⁴⁹, se plantea en enero de 1906 que llegaba el momento de acometer, de una vez por todas, las excavaciones que Plano emprendió y no pudo concluir:

“Gran lástima es que Mérida, nuestra querida ciudad, no pueda por exigencias de la suerte practicar las excavaciones necesarias, para poner de manifiesto, a la vista de sus admiradores tanta y tanta riqueza como en su subsuelo encierra. (...) El Teatro ó “Siete sillas”, como vulgarmente se le conoce, único que tiene al descubierto parte de sus galerías y que, tan a poca costa, podría quedar a luz toda la edificación, (...) siendo uno de los sitios que seguramente visitarían (...) los inteligentes turistas. Los medios para hacer esto no podemos decirlos de momento, pero muchos hay para conseguirlo, (...) y hoy esto

⁴⁸ Sesenta duros se le debían a Plano a su muerte, y el consistorio se los abonó a su viuda.

⁴⁹ *Plumas Nuevas* - enero 1906.

y mañana lo otro, iríamos poniendo nuestros monumentos en forma que nuestra ciudad fuera un museo y el concepto moral de la misma a la altura que le corresponde”.

Casi al mismo tiempo, el Arcipreste González Gómez de Soto –miembro de la Subcomisión y académico correspondiente– publica su *Epítome histórico* para enseñanza de los niños en las escuelas (1906) y Fadón anota sus “ligeras” observaciones a todas las historias recientemente publicadas por Plano, justo al año siguiente (1907). Es ese el momento en que llega Mérida y compone recursos humanos, materiales y financieros para abordar las excavaciones y lanzar definitivamente a Mérida hacia el futuro.

3. EL AUGE DEL ASOCIACIONISMO

El movimiento asociativo en la época liberal se limitaba apenas a la Real Sociedad Económica de Amigos del País desde mediados del XIX y el grupo de aficionados al teatro. Los dos estaban imbuidos del espíritu burgués que venimos definiendo, de apoyo a la cultura y la promoción de iniciativas de progreso local.

Fue precisamente 1885 el año de la Ley de Asociaciones, el que desencadena una catarata de nuevos círculos, todos ellos en un radio de cien metros de las también remodeladas Casas Consistoriales.

La Mérida conservadora continuaba al ralenti, ocupada en sus negocios. Acaso por haber detentado el poder omnímodo desde el Antiguo Régimen, este convulso periodo finisecular pilló a contrapié de los avances sociales a la clase de propietarios agrícolas y ganaderos, que sólo acabarían agrupándose en la Comunidad de Labradores allá por 1904.

Según fuentes de la propia organización, en el momento inaugural, 37 propietarios acumulaban 30.000 has. en nuestro término municipal.

Aunque el Círculo Emeritense o Casino date también de los años posteriores a la Gloriosa, su gran local social de la Plaza se construye años después, en 1897 y por lo que comenta el afamado periodista Sinesio Delgado en su visita de ese mismo instante, los adinerados socios fundadores no dejaron sin atender ninguna regla social al uso:

“Las salas de conversación, las de tresillo, la de billar, la del patio con montera de cristales, la biblioteca, etc., están dispuestas y decoradas con verdadero arte. Y el salón de baile, situado en el piso principal, es, aunque pequeño, el salón de un cuento de hadas. Sillones magníficos, espejos monumentales, artísticas

arañas... un derroche de seda, terciopelo, bordados y pasamanería. El tocador á él anejo es un camarín coquetón y delicado... en que dan ganas de peinarse”⁵⁰.

En 1897 también y en el propio ámbito de los socios del Casino, comienzan a aparecer las primeras noticias de que se está cociendo en Mérida un movimiento ciudadano para la construcción de una nueva plaza de toros, con todos los adelantos que los nuevos tiempos pudieran aportar al ya visto y conocido *arte de Cúchares*. Se trata de la Taurina Emeritense.

Mérida había tenido toros en la plaza de España, cerrando el perímetro del caserío con construcciones efímeras. *Las Siete Sillas*, la *cavea summa* del teatro romano (única parte visible) sirvió también de graderío para la plaza de toros del XVIII y XIX. Pero siendo un hemiciclo en elipse, era preceptivo cerrar con un muro de mampostería la otra mitad, como ya vimos al comentar la oferta del padre de Maximiliano Macías hacia mediados de siglo. Otro coso portátil se instaló en la zona del matadero en la década de 1880-90.

Pero ahora la idea era muy distinta. Una serie de accionistas pretenden aunar esfuerzos y construir en terrenos de uno de ellos—el abogado José Viñas— una gran y moderna plaza y para ello muy pronto comienzan los movimientos de tierras. En otros capítulos de Patrimonio profundizamos en los hallazgos arqueológicos obtenidos.

Volviendo al ambicioso proyecto, la idea original contempla un corredor interior destinado a exponer lo más granado de los recuerdos taurinos que se pudiera recopilar y mejorarlos a lo largo de los años con nuevas adquisiciones. La Región Extremeña ironiza con la idea, hasta ridiculizarla:

“...así el extranjero podrá llevar a su país notas interesantes sobre los adelantos de una ciudad que arrincona los mármoles de eterna belleza y enseñanza y arma trofeos con los sangrientos instrumentos de una fiesta, de la que si no huimos, estamos muy lejos de ensalzar”.

La broma comparaba este esmero museográfico con el desdén de los emeritenses para recopilar de manera ordenada y digna los tesoros de la Romanización de la Lusitania, que tan pródigamente regalaba la tierra, ¡como si fuera sólo responsabilidad de los locales!

Lo cierto es que hasta la siguiente década no volverá a obrarse en ese cerro, tras la recomposición de los promotores con acciones de la denominada Taurina Extremeña. El 5 de junio de 1914 se inaugurará la plaza.

⁵⁰ Delgado, S., 1897.

En lo concerniente al asociacionismo por solidaridad, se aprecian también nuevos movimientos de la ciudadanía finisecular. El deficiente papel que las sucesivas corporaciones municipales seguían jugando, obligó a esa burguesía que organizaba tantas cosas complejas, a tomar el liderazgo también a la hora de hacer más llevaderas las penurias de los desheredados.

La postura habitual de la oficialidad consistía en desatender el día a día y volcarse en limosnas cuando una visita o acto de relevancia máxima ponía a la ciudad en candelero. Las actas municipales recogen múltiples noticias de reparto de pan y limosnas en festividades o eventos. El método de distribución de esas precarias ayudas tampoco translucía una cuidada planificación. Así la visita real de 1905, por ejemplo, produjo en prensa local noticias sobre el mal reparto que el consistorio hizo de las pesetas que Alfonso XIII dejó para los pobres de la ciudad.

Uno de los primeros hechos graves que pusieron a prueba a la sociedad fue el regreso en masa, la repatriación, de los soldados en las guerras coloniales de la catástrofe del 1898. Ese retorno de los hombres que encarnaban la penosa imagen de una derrota que todo el país trataba de asimilar, se hacía largo y difícil con múltiples paradas en los trenes desde el puerto de desembarco inicial hasta la villa natal de cada uno, con muchos de ellos enfermos y sin dinero.

Las múltiples actuaciones patrióticas que en Mérida tienen lugar, auspiciadas fundamentalmente desde la prensa republicana y la Nueva Sociedad Artística se coordinan a través de una incipiente Cruz Roja. Detrás de ese mecanismo, el alma masónica y bifronte de Eugenio Macías “Gambetta” y Moreno Torrado “Aristides”, unidos al fondista de la estación ferroviaria, Sr. Ossorio y una nomina considerable de sanitarios y enfermeras voluntarias, levantaron un consultorio de campaña al pié del andén. Los casos más complicados iban al Hospital S. Juan de Dios y los que no necesitaban más que alguna cura superficial y restablecimiento, comían los guisos que, a base de donativos, iba generando la ciudadanía.

También y por otro lado, en el ámbito de las parroquias de Sta Maria y Sta Eulalia se organizaron ya en el XX, la Gota de Leche, con servicios de nodriza incluidos y los llamados Roperos de los pobres que sostendrán las familias de raigambre católica y también persistirá hasta nuestros días heredado por las Cáritas y las actuaciones de S. Vicente de Paúl. Pueden leerse, ya a finales del XIX, disensiones en prensa entre esas dos maneras de concebir la caridad y los roces cuando algún pobre no cumplía los “baremos morales” y lo dejaban sin cobertura.

El crecimiento del sector industrial se reflejó en la demografía emeritense y naturalmente, la convivencia de estos obreros –formados en lo cultural y aguerridos en lo

social— con la nueva casta de inquietos comerciantes supuso una importante aportación a la variedad política emeritense. Muchos de ellos, republicanos al fin y al cabo, tenían sus reuniones en el Centro Obrero de Mérida —conocido como “La Tercia”— en la C/ Bastimentos (hoy Los Maestros) y también acogía actividades lúdicas y musicales.

En poco tiempo alcanzaron una importante representación política en el Consistorio y organizaron otras fórmulas sociales rompedoras con la tradición, como las escuelas laicas ya citadas, los socorros mutuos y, entre los más iniciados, la pertenencia a logias masónicas con acción permanente. Frente al resto de los colectivos *ut supra*, nunca supimos la ubicación física de las dos logias con sede en la ciudad, que compartían militantes con casi todas las asociaciones anteriores.

En cuanto a la Masonería, que algunos autores suponen ligada a la vecindad con los ingleses y franceses que llegaron a las obras del ferrocarril o a controlar la explotación corchera o de la lana, no tuvo necesariamente su origen en agentes extranjeros. Casi todos los líderes de estas logias emeritenses se movían en el mundo del comercio, o al menos obtenían el capital que les permitía una rica vida social de esas operaciones mercantiles.

Por el contrario, y siguiendo con las relaciones internacionales de ese grupo, sí que hemos constatado que la fraternidad trabada con algunos portugueses durante las largas estancias veraniegas en Figueira da Foz, generó por contagio una logia en aquella ciudad con José Joaquín Alvéz a la cabeza y con el Gran Maestro Eugenio Macías como catalizador desde Mérida.

Todos estos librepensadores no dudan en hacer visibles sus discrepancias, aunque esa ruptura con las costumbres tradicionales marcara definitivamente a sus familias en el día a día. Por ejemplo, la muerte de un pàrvulo —desgraciadamente habitual en todas las familias— se convertía en un problema porque la maquinaria de la Iglesia y el poder establecido cerraba filas, confiscando el cementerio como lugar sagrado y sometiendo a los padres y especialmente a las madres, a la incertidumbre de no saber dónde descansaría el inocente.

Pero volvamos a los últimos años del XIX y la proliferación de casinos. En el local que ocupó el café de los Catalanes —con claros recuerdos del auge corchotaponero—, funcionaba el «Círculo de Artesanos», que también acabaría por ser salón de espectáculos, con grupo de teatro propio y sesiones de cine “caballístico” o de aventuras.

En la C/ Sta. Eulalia se hallaba también el casino llamado de “La Amistad”. Ese profético nombre que permitía averiguar su composición heterogénea, permitió una sencilla refundición durante los estertores del XIX con el círculo ferroviario de nombre

“Express”, dando lugar al Círculo de “La Unión”. Con esa denominación ocupó el lugar de lo que luego conocimos los emeritenses del XX como “La Giralda”, en la margen izquierda de la desembocadura de Santa Eulalia en la Plaza.

Cuando concluía el XIX y nada más despegar el XX, el Disloque y el Liceo nacen casi gemelos, ambos por escisión de células procedentes de otras sociedades. El Disloque nace el 28 de agosto de 1900 como Casino tradicional, en la C/ Mirabeles ahora denominada Romero Leal y pronto se convierte en una sala consagrada al baile y las fiestas juveniles, epicentro de la “movida” primigenia. El Liceo, escisión de la Nueva Artística Emeritense refundada en 1898 con nuevo reglamento, heredaría lo mejor de esa tradición cultural burguesa.

Las ordenanzas municipales de 1902, en su prólogo descriptivo de las costumbres de la localidad da fe de esa convulsa etapa de alineamiento entre afines y profundiza en los primeros meses y los fundamentos pioneros de otra nueva sociedad, heredera –en parte– de su caudal ideológico:

“El Liceo, sociedad creada nuevamente, con fines instructivos al par que literarios y de recreo. También cuenta este centro con una compañía de aficionados y un bonito teatro en su piso principal, donde, además de las representaciones de varias zarzuelas, se dan conferencias y veladas musicales, literarias y científicas, siendo no pocos los jóvenes, emeritenses que, demostrando sus aptitudes han ocupado con regocijo de todos, la tribuna pública. Esta sociedad, compuesta en su mayor parte de literatos, periodistas, médicos, abogados y hombres de carreras diversas, da clases gratis de Francés, Música, Declamación, Dibujo, Matemáticas y otras á los hijos é hijas de sus asociados”.

Entre los fundadores no hay que olvidar que figuran Felipe Trigo, Moreno Torrado, Francisco Corchero, Valverde Lillo... Pero también cruzan hacia la Plaza –primera sede social del Liceo– *“Don Cástor Espadiña, acreditado profesor de música; don Lorenzo Gísbert, notable actor dramático y excelente director de escena; don Francisco Suárez, notabilísimo cantante con hermosa voz de tenor; don Julián Díaz, también excelente actor y cantante”*.

Es en este mismo texto de Rodríguez Ramas⁵¹ donde podemos desvelar el peso de la aportación femenina a todos estos movimientos culturales, peso que –a lo que parece– no debe desecharse pues

“pudieron contar con las señoritas Araceli Rastrollo, que desde el primer día demostró ser una actriz notabilísima y excelente cantante; con Dolores Delga-

⁵¹ Rodríguez Ramas, M., 1931, *Origen, fundación y desarrollo de la Sociedad “Liceo de Mérida” hasta 1913*. Mérida, Tip. de Antonio Rodríguez Guillén.

do, que con la misma maestría desempeñaba un papel trágico como cómico, (y Josefa Cadenas) que a sus méritos como artista, a su entusiasmo, a su asiduidad y a su disciplina debió su vida la Lírico-dramática; sin ella, tal vez se hubiese deshecho desde el primer contratiempo, y por consecuencia, a Josefa Cadenas debe en gran parte su existencia el Liceo”.

Haciendo balance de los miembros que se alinearon en los diversos círculos de recreo, hemos de concluir que el panorama del Teatro Ponce tendría que cambiar, pues la escisión de los liceístas y la aparición de nuevos grupos aficionados en otros círculos menestrales, como el “*de Artesanos, compuesto de todas las clases sociales, en su mayoría la las dedicadas á las artes y oficios, contando además con un teatro en su espacioso salón, donde actúa una Compañía de aficionados compuesta de varios socios*” desmembró también el catálogo de sensibilidades y las posibilidades de acción conjunta. Quince años después de su construcción, el Ponce se vería abocado a profesionalizar progresivamente su oferta.

Todos los casinos estimularon una nueva forma de entender el acceso a la cultura y entre sus dotaciones “*cuentan con aceptables bibliotecas, estando todos ellos suscritos á la prensa diaria de gran circulación y á no pocos de los periódicos ilustrados de la Corte, siendo por lo tanto muchos los socios que concurren á la sala de lectura de estos Círculos*”⁵².

Esas colecciones, de las que únicamente ha sobrevivido la del Círculo Emeritense⁵³, supusieron quizá una ralentización del nacimiento de una Biblioteca Pública abierta a todo el abanico social.

Aunque hubo intentos por parte de la progresía a finales del XIX, el anhelado proyecto no cuajaría hasta el final de esta etapa, gracias al empujón entre 1929 y la proclamación de la II República desde el bisemanario Mérida por colaboradores del medio como el médico alienista Alfredo García de Vinuesa y periodistas como Carrasco Cuéllar y Rabanal Brito.

4. CULTURA Y ESPECTÁCULOS

El nuevo y destacado papel de la prensa

La prensa local durante el último tercio del XIX está viviendo un momento pionero, pero pronto cuenta con vigorosos plumillas que suplen con calidad, formación y extrema productividad la escasez de medios económicos, a golpe de esfuerzos ímprobos.

⁵² Ordenanzas Municipales de 1902. Prólogo.

⁵³ La represión tras la ocupación de agosto de 1936 por los sublevados franquistas no fue el mejor caldo de cultivo para que las sociedades progresistas conservaran su memoria escrita y la prensa correligionaria.

El pionero, según Delgado Rodríguez⁵⁴, fue el León Ibérico en 1881 que tuvo muy poco recorrido. La Ley de Imprenta de 1883, muy parecida a la francesa de 1881, consagró la libertad de expresión acabando con la censura y los tribunales específicos para delitos de opinión, que desde entonces pasarán a juzgarse en tribunales ordinarios. Todo ello propició un auge de la prensa a finales del XIX y su consolidación a principios del XX.

Muy pronto, en el ámbito emeritense se abrió paso una prensa de servicio público, muy variopinta en sus filiaciones y sus contenidos, pero en su mayor parte de guante blanco, más filtrada por la cercanía con el poder en cada momento que por la censura del Gobernador Civil, cabeza visible del sistema caciquil del momento.

Con ocasión de su entrada en política y no sabemos muy bien si precisamente por esa razón, Pedro M^a. Plano fundó y dirigió el semanario *El Emeritense*. El bisemanario se publicó bajo esta cabecera desde enero de 1888, es decir, en el segundo tramo de su mandato como alcalde y continuó tras su cese. Desde 1890, *El Emeritense* comenzó a publicarse jueves y domingos y el resto de los días se regalaba a los suscriptores la hoja telegráfica de *La Correspondencia de España*. La suscripción trimestral costaba tres pesetas, y podía contratarse en la propia imprenta, sita en Obispo y Arco. Colaboraron en este periódico otros personajes agitadores de la cultura y el progreso como el jefe de Telégrafos Manuel Rodríguez Ramas o el conocido procurador y propietario Pablo Díez Fernández “Sansón Carrasco”.

Poco después vio la luz un semanario satírico, *El Moscardón*, que dura apenas un par de meses. Vino al mundo ya en los 90 junto con otros dos semanarios más, uno republicano y librepensador, el ya citado *La Voz del Pueblo* dirigido por Enrique Roger en época de medidas muy progresistas en el Consistorio y el otro conservador-fusionista, *El Montero Extremeño*, que despegó un par de años más tarde (1893) y, sin dejar de anotar algunos sucesos locales, se ciñó obviamente al mundillo de la caza.

Los talleres de Plano y Corchero imprimieron también en los 90 este *Montero Extremeño*, con personas de tanta envidia como el citado montijano D. Manuel Rodríguez Ramas y toda la cantera de la que –en pocos años– se convertiría en una ambiciosa Subcomisión local de Monumentos (Rodríguez de Morales, Maximiliano Macías, Alfredo Pulido...), como veremos en breve.

Francisco Corchero, socio de Plano en la imprenta y auténtico profesional de los talleres, cuidó otra faceta: dio a luz un par de inventos que habrían de alcanzar relieve incluso para la industria internacional desde finales de 1899. Hablamos del *marcador automático* y el *igualador de pliegos*.

⁵⁴ Viejos Escenarios Emeritenses.

Apenas dejó de tirarse el *Montero*, el semanario *La República* le tomó el relevo. Entre 1896 y 1905, con algún paréntesis, sus planas dieron fe de cuanto ocurría en la ciudad, sin limitar su alcance a temas monográficos. Arropado por Eugenio Macías, industrial, republicano y Gran Maestro de la masonería local, llegó el periodista que habría de relevar en calidad y desbordar en cantidad al ex-alcalde: Luis Moreno Torrado. El poeta de Salvaleón, prolífico plumilla y cronista de las mil caras, reconoce estar detrás de

“casi todas en La República, de Mérida, firmadas ya con mi nombre y apellidos, ya con los pseudónimos de Castaño Oscuro, Lemet, Un crítico por fuerza, El revistero de siempre y Pequeñeces, pues de todos ellos y algunos más necesitaba para llenar de firmas á mi modesto semanario, que no tuvo nunca otro redactor que mi persona, exhausta de recursos para pagar trabajos ajenos”.

En los estertores del siglo, existió otro presunto competidor del semanario republicano, por palabras del propio Moreno Torrado que en uno de sus libros⁵⁵ lo sitúa hacia 1897: “*Un año próximamente hacía que publicaba mi semanario “La República”, en Mérida, cuando vió la luz pública por primera vez en dicha ciudad un papelucho titulado “La Chispa”.*”

Cerrando el XIX y en los primeros meses del XX, conviven *La Verdad*, de tendencias conservadoras y el *Noticiero*, órgano de los fusionistas. El 23 de noviembre de 1899, en el primer número de este nuevo periódico emeritense, Pedro María Plano colabora con una necrológica de Atanasio Morlesín, que fue secretario particular de Cánovas del Castillo. En ese momento, el finado desempeñaba el cargo de Inspector de Instrucción Pública.

Ya en el XX y casi al mismo tiempo nacen el semanario *Gil Blas*, semanario *feliz e independiente*, que llegó a ser el más longevo de nuestros periódicos locales (1906-1926) abarcando también muchas noticias de la ciudad que se escapaban a su casi mellizo *Plumas Nuevas* que, entre ejercicios poético-literarios, incluyó algunas concesiones a la actualidad cultural emeritense en la primera década del siglo. También *El Eco Extremeño* engrosó unos meses la nómina del kiosco emeritense en la Edad de Plata.

Cierra la lista el periódico “*Mérida*”, *activo* durante el tránsito de la Dictadura de Primo a la *Dictablanda*, con un grupo de periodistas largamente comprometidos con los avances culturales de la ciudad: Rabanal Brito, Mondéjar Chocano o Carrasco Cuéllar.

⁵⁵ Moreno Torrado, L., 1903, *Humorismos y sátiras* (Prosa y verso) Tomo I. Mérida, Imprenta y Estereotipia de Corchero y Cía.

EL TEATRO, ESPACIO DE SOCIABILIDAD BURGUESA

Desde la época isabelina esta ciudad no prescindió jamás del disfrute de espectáculos teatrales, musicales o de la combinación de ambos. Y no fue una dádiva del poder, sino un logro de la ciudadanía.

Como acabamos de ver, ya había un grupo de aficionados a la declamación y al canto que, bajo el nombre de Sociedad Artística Emeritense, funcionaba hacia mediados de los 40, cuando tras la desamortización del Convento de Sta. Clara el Ayuntamiento autoriza su préstamo para ese fin. No faltaría la afición, cuando se permite más tarde construir en su nave central un teatro diseñado, ejecutado y gestionado por los propios emeritenses arrimando el hombro a la común empresa:

“merecen especial mención los trabajos egercitados por los señores Rubio, Chaves y Pulido, D. Alfredo, de los cuales la sociedad ha recibido tan importantísimos beneficios que la Junta Directiva, oyendo la opinión de la mayoría de los socios, ha creído de su deber hacerles una espresión de gratitud que aunque pequeña, cree era la única que dichos señores habrían de aceptar. Consiste en ceder a cada uno de ellos el derecho de reserba de dos butacas a perpetuidad y exentas de todo pago. También, por la competencia que han demostrado, les ha nombrado vocales de la junta conservadora del teatro, con las atribuciones y derechos que a la misma confiere el Reglamento interior”.

En diciembre de 1881, en el ámbito de la semana más festiva para los emeritenses, se inaugura finalmente el Teatro Ponce de León⁵⁶, un precioso salón a la italiana con piso superior con 12 palcos (y aforo de 7 localidades cada uno) y la “general” –graderío de madera con 350 plazas en elipse frente al escenario–, y una denominada *delantera de paraíso* numerada. Las localidades en la planta baja: patio de butacas reducido con 144 en total, más 13 plateas, con 6 asientos cada una.

La Nueva Artística Emeritense –así se llamaba la promotora– competía por el inmueble nada menos que con la Subcomisión de Monumentos, que vio arrinconado su Museo –el de todos– a un par de habitaciones aledañas a la nave central. Y eso que el órgano anticuario siempre contó con el aval del Gobierno central y provincial para recuperar su dominio sobre todo el edificio.

Se trataba de una complicada guerra, pues entre los accionistas del Ponce figuraba el común de las familias emeritenses con posibles: propietarios, burgueses comerciantes,

⁵⁶ El Teatro se denominó así en homenaje a un dramaturgo local, Bartolomé Ponce de León y Laso de la Vega (1683-1718), entre cuyas obras más celebradas podemos destacar “La luna de la Serena”, “El segundo Job, romano” y “Loa cómica en obsequio de S. Agustín”.

profesionales liberales, funcionarios... Hasta tal punto, que en ocasiones las directivas de ambos órganos colegiados y el Consistorio compartían nombres propios.

Con la aportación económica de tan arrojados socios, se contrataban las mejores compañías y casi todos los gremios de la farándula hacían parada y fonda en Mérida durante sus *tournées* por la escena nacional. Era ésta una forma de crecer culturalmente y, para el teatro aficionado, de plasmar la pujanza de una nueva clase emergente; eso también ocurrió en todo el territorio nacional que se llenó de este tipo de teatros.

Por suerte, el beneficio se extendía al común de los emeritenses que disponían en taquilla de las localidades que quedaban por cubrir una vez que el accionariado hacía uso de su prioridad. En ese sentido, los espectáculos del teatro Ponce de León tenían una doble clientela. En primer lugar compraban sus localidades los accionistas de la Lírico Dramática, la mayor parte de las familias “conocidas”, si atendemos a la salvedad que el Marqués de Monsalud incluyó en su discurso de entrada en la Real de la Historia⁵⁷. De otro, el resto de la ciudadanía, que podía adquirir en las taquillas del propio teatro –en la plazuela de su fachada principal– las localidades sobrantes de esa primera demanda.

Esta condición de foro social de primera índole, propiciaba que sus tablas –además de escaparate de arte– fueran, paulatinamente, convirtiéndose en el palenque de las rencillas domésticas. Así, los *gallitos* más relevantes dirimirán en ocasiones bajo el manto de personajes de ficción sus pequeñas luchas de poder. Lo hacían en sainetes o juguetes lúdicos de género indeterminado, obritas de guante blanco, pero que escondían bajo esa inocente redundancia, un arsenal de rencores sociopolíticos contra el rival.

En todo caso fue una elegante manera de sustanciar conflictos que contribuyó a la convivencia pacífica en la Restauración. También sirvió para unir voluntades en contra de enemigos comunes, como vimos en las representaciones patrióticas para las guerras coloniales o para financiar las primeras ONGs.

¿Había sido casual ese afán por defender contra viento y marea la pervivencia del teatro en las dependencias propias de un raquíctico Museo? Francamente estimamos que no. De un lado, el divertimento sano, el gusto por el entretenimiento de calidad y la buena música; de otro, el acto social, el único espacio de convergencia de las familias, excepción hecha de los paseos.

⁵⁷ “pero en cuanto al teatro, del cual se llaman accionistas toda la generalidad de las familias acomodadas de la población ya ha sido cuestión distinta, pues ni le hemos visto ni le (sic) veremos probablemente cambiar de domicilio por la resistencia tenaz de los que lo usufructúan”. –Solano Gálvez de San Pelayo y Villalpando, Mariano Carlos (Excmo. Sr. Marqués de Monsalud)– *Arqueología romana y visigótica de Extremadura* (Pág. 41) Discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Historia, leído el 3 de junio de 1900. Madrid.

De hecho a finales del XIX y en los primeros años del XX, también documentamos⁵⁸ un teatro de verano en la Rambla. Se trataba de una instalación efímera que –desde Villanueva– desplazaba en el “rápido descendente” D. Justo Díaz Mulero, un burguillano inquieto que ofrecía una cartelera con buenas compañías de teatro, zarzuela y otros actos culturales. Complementó pues, en el recientemente estrenado Paseo del Arrabal (Rambla), todas las facetas que en invierno tocó el Ponce de León en esos finales del XIX. Llegó incluso a dar cine, como certifica el ambulante de origen italiano, Eduardo Barbagelata, al preguntar en agosto de 1907⁵⁹ si “¿Se ha marchado ya el cinematógrafo que avía (sic) instalado en el Teatro de Verano?”.

El teatro del Arrabal también acogió actos asamblearios, como el del estío de 1899 con el problema nacional de las plagas de langosta y otras lacras de la agricultura⁶⁰. Asistieron centenares de agricultores de varias procedencias, destacando en la tribuna la presencia del propio Segismundo Moret.

Los últimos años de vida (1913-1929) de ese laboratorio social de la burguesía emeritense que fue el Ponce, acabarían siendo gestionados por el Delegado local de la Sociedad de Autores, D. Antonio Pérez Lucio, que tomando las riendas también del Disloque, dedicó el primero a Salón Teatro, con la ayuda de Alfredo Pulido y Rafael Pérez del Bosque (las tres P), y el segundo, sito en la C/ Mirabeles, a Salón Cinema Moderno. En el antiguo Disloque contó con Miguel Aretio⁶¹.

Lo cierto es que, pese a los múltiples asaltos para arrancar esa oferta cultural del local que necesitaban para uso arqueológico, sólo se consiguió cuando el siglo XX alcanzaba su primer tercio de vida. Ayudaron a ese cierre definitivo los incesantes hallazgos en las grandes excavaciones, la cercanía de importantes eventos turísticos, pero también una norma nacional que regulaba las condiciones de estas salas teatrales para la seguridad del espectador.

Todas estas causas contribuyeron al levantamiento definitivo de las nobles tablas del Teatro Ponce que pisaron magos, excéntricos, transformistas, los mejores actores y cantantes como Rosario Pino, Carmen Cobeña, o el propio Gardel... Del mismo modo, dejaba de proyectar para siempre uno de los primeros cines bajo techo por temporadas, cuando los ambulantes buscaban abrigo.

⁵⁸ Caballero Rodríguez, J., 1999, *Historia Gráfica del Cine en Mérida (1898-1998)*. Editora Regional de Extremadura. Mérida.

⁵⁹ Carta dirigida a Maximiliano Macías, solicitando el alquiler de un local de éste en el Rastro. AMML.

⁶⁰ Moreno Torrado, Luis (El revistero de siempre): “El meeting agrícola”. Semanario La República Mérida 15 de octubre de 1899.

⁶¹ Debo estos detalles al testimonio oral de su hija Mariquina Pérez, que entrevisté ya con cien años a finales del siglo pasado y me habló con suma lucidez de aquel teatro en Sta. Clara, “muy parecido al Lara de Madrid”.

El día 5 de junio de 1929 se cerraron definitivamente sus puertas. Con poco más de 2.500 ptas. se demolieron sus palcos y plateas, y los aplausos que durante 50 años premiaron estas actuaciones se convirtieron en silencio.

Desde entonces se produjo un vacío de unos meses hasta que la construcción de un nuevo teatro se convirtió en un clamor. Tras más de medio siglo acostumbrados a disfrutar de espectáculos variados, se hacía larga la travesía del desierto. De inmediato la prensa se hizo eco de la demanda y buscó un mecenas que iniciara o secundara como socio capitalista esa aventura empresarial. No tardó mucho en lanzarse al ruedo la atípica figura de una mujer, rica heredera y culta aficionada a la escena, tanto como su hermana Dolores. Luisa Paula Gragera y Vera construyó el Teatro María Luisa que despega semanas antes de que se proclamara la Segunda República y da lugar a toda una modernización urbanística. Se propició la accesibilidad casi en línea recta hacia el centro desde la Estación y la Ctra. de Madrid. La urbanización de la fachada del nuevo Teatro-Cine dio origen a una calle hasta entonces inexistente, la de Alfonso IX (hoy C. J. Cela), que se prolonga con la de Cipriano Piñero (Félix Valverde) hasta llegar a la mismísima plaza de España, una considerable mejora para los turistas que seguían creciendo en progresión geométrica desde que Mérida y Macías resucitaran el poderío de la Emerita primigenia.

En nuestro estudio de esta faceta sociocultural con motivo de la biografía de Macías Liáñez, ya planteamos la lucha y la victoria durante medio siglo de esta suerte de teatro comunal, sobre la imperiosa necesidad de un local que albergara las antigüedades emeritenses. Hoy estamos en condiciones de afirmar, parafraseando a Romero Ferrer,⁶² que

“...si el teatro evolucionó de una manera tan particular en el siglo de la burguesía, lo fue, precisamente, por la necesidad –y también la capacidad– que esa misma burguesía tenía de representarse a sí misma. Y nada mejor para tal representación que un lugar dedicado exclusivamente, desde su fachada exterior hasta los más pequeños detalles ornamentales, al lucimiento de los actores y verdaderos protagonistas y artífices del siglo XIX: la burguesía. El teatro se convertía, con ello, en uno de los grandes espacios de la sociabilidad decimonónica”.

Y en Mérida podemos ir más allá, porque la continuidad de este fenómeno asociativo en torno a la música y el teatro llega a las puertas de la guerra civil. Es un curioso fenómeno que vertebra la sociabilidad local de manera voluntaria y colectiva. Perfecta-

⁶² Romero Ferrer, A., 2005, “La escena del siglo XIX, “domicilio de todas las artes”. Anales de literatura española, ISSN 0212-5.889, N.º 18 (Ejemplar dedicado a: Romanticismo español e hispanoamericano. Homenaje al profesor Ermanno Caldera/coord. por Enrique Rubio Cremades), 317-328.

mente organizada y reglamentada por ende. Así, el mundo del espectáculo, amateur y profesional a la vez, sustenta las relaciones sociales desde mediados del XIX a principios del XX.

Aunque algunos *historiadores* de nuevo cuño nieguen al María Luisa su valor histórico, resulta obvio que recoge una tradición de apego a las artes escénicas de los emeritenses del XIX, y la proyecta durante el siglo XX hasta las puertas del XXI. Ese desprecio no cambiará la verdad documentada: los provincianos que se sentaron a ver la Medea de Unamuno, Rivas y Xirgu tenían cultivado el paladar. Quizá por ello, cuando los cavernarios del momento dudaron de sus capacidades pueblerinas para valorar el “regalo” del gobierno de Azaña, se encontraron con la respuesta de todos los estratos sociales emeritenses con una sola voz⁶³.

La Música, una necesidad acompañada al teatro y los círculos de recreo.

Las tablas del Ponce, y aún antes, la agrupación de aficionados al teatro requirieron de un acompañamiento musical para las distintas manifestaciones artísticas. La música era, pues, elemento asociado a la agrupación de teatro desde sus orígenes.

Primero fue la Sociedad Filarmónica. Todo empezó con una academia de música donde, seguramente por eso, los más aventajados instrumentistas de la ciudad fueron sumando sus talentos a esa agrupación pionera, colectivo que no tenemos aún situado en el tiempo. Se ejercitarían en el dominio de sus instrumentos, iniciando a otros jóvenes a modo de cantera.

Esos primeros compases acabarían dando pie Sociedad del Fomento de las Artes y la Música, que fundara Pedro María Plano en 1884 y con ella a la orquesta o banda que mediada la década aparece citada⁶⁴ por primera vez entre los atractivos de una ciudad turística:

“la orquesta ó banda de música que acertadamente dirige ó dirigió el joven profesor don Miguel Zancada, la cual por la fé ardiente y asidua aplicación que animan á los individuos que la componen, responde cumplidamente a su objeto, á las exigencias de una localidad donde el estudio del divino arte de Apolo está llamado á formar parte integrante de la educación privada y oficial de la juventud”.

Pedro María Plano, socio y presidente del grupo desde 1884 antes de su acceso a la Alcaldía, acabó en efecto, municipalizando el uso en 1888 y cumpliendo el sueño de impartir desde la enseñanza oficial clases de música que elevaran el tono de los y las jóvenes

⁶³ Caballero Rodríguez, 2008, 434 a 436.

⁶⁴ Melgares Bazago, 1885, 150-151.

de la localidad. Su corporación acordó crear una Escuela Municipal para aficionados al Arte de Euterpes⁶⁵, –con local en el Pósito y dotada con los materiales de la formación extinta– y subvencionarla con 2.000 ptas.⁶⁶

La Banda Municipal de Música siguió al mando de Fernando Zancada, luego del maestro Verguilla y después, de don José Erviti, que vino de San Sebastián donde tenía una editora de música y tocaba el bombardino.

Es en efecto éste, el nombre que aparece en los años siguientes en las noticias musicales del Noticiero y el Montero, junto con otro gran privilegiado de las artes emeritenses que ya no parará de acompañar al piano y al órgano actividades culturales hasta su fallecimiento en 1922: Cástor Espadiña, oliventino al que también se sumó Antonio Pato, notable violinista de Badajoz, cuyo concurso permitía ya un salto cualitativo en las actuaciones al público. Pero el progreso con los cabezas de cartel exigía acompañamiento, esta vez financiero:

Como los recursos con que cuenta la Academia no son suficientes hoy para cubrir sus gastos, la Junta de patronos ha abierto una suscripción entre todos los vecinos, por cantidades voluntarias, y la lista ha sido cubierta por numerosas firmas, excediendo en mucho á los cálculos más optimistas; y esto se debe al patriotismo de los emeritenses y á la absoluta confianza que tienen en la buena é inteligente gestión del patronato. Sigán todos como hasta aquí y se coronarán de gloria, mereciendo aplausos del vecindario⁶⁷.

En 1893⁶⁸, “Dos bandas emeritenses se habían unido en una sola, contando con cuarenta componentes”.

Aunque en 1894 hay problemas notables y se desgaja un grupo, cuando parecía que todo se iría al traste, el esfuerzo de todos y la última colaboración del propio consistorio que los acogió, van dando frutos al año siguiente:

“La Academia, la banda y la orquesta son tres cosas distintas y un problema verdadero, problema que después de muchos trabajos y cálculos sin fin, parece que vamos llegando á su resolución”.

⁶⁵ Éste de la Musa del compás fue, por cierto el *alias* adoptado por Espadiña en su recorrido como hermano masón de la Logia Emerita Augusta, lazo que le vincula a otros grandes protagonistas del periodo, como Moreno Torrado, Macías Rodríguez, Rodríguez Ramos o el propio Gutiérrez Barrena.

⁶⁶ Actas A.H.M.M. - f. 118.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ Álvarez Sáenz de Buruaga, J., 1994, *Materiales para la Historia de Mérida (de 1637 a 1936)*, publicado en Mérida por la Diputación Provincial de Badajoz y el Excmo. Ayuntamiento de Mérida. 265.

Promotores, objetivos y producto final se agolpan en este excelente resumen del bisemanario El Montero Extremeño de 15 de enero de 1895

“Una fuerza de voluntad, un propósito firme y decidido de llevar á cabo la empresa encomendada á la Junta de patronos, guía á todos y á cada uno de los individuos que la componen; y como querer es poder, (...) doy por hecho que tendremos orquesta para bailes y teatros, banda las tardes y noches en la plaza, y Academia todo el año”.

Espadía, Pato y algún otro compañero se ocupan de musicar el teatro aficionado, las zarzuelas u obras de mayor calado con las que estos grupos locales se atrevían, las frecuentes funciones benéficas, los conciertos en círculos y más tarde el acompañamiento de las artes incipientes como esas costumbristas sesiones de cinematógrafo en ambulantes, o las primeras pseudo-profesionales que habremos de ver inscritas en los diversos círculos locales o primeras salas profesionales.

El maestro Pato dejó incluso en su hija Manolita una notable heredera de sus aptitudes, si bien su recorrido ya está ligado al Liceo.

Otro gran nombre de la música local durante los dorados años de *la Belle Époque* será Francisco Alhaja, excelente y galardonado compositor, maestro del bombardino. A continuación se hizo con la batuta el maestro Enrique Rui-Díaz, que se mantuvo en el cargo hasta 1929.

Juan Calle, violinista, fue otro de los líderes y Cervantes cerró este periodo llegando hasta la guerra, en que fue asesinado por los sublevados sólo por sus ideas políticas y sin que nadie moviera un músculo por él.

No sólo actuaron estas formaciones en el ámbito municipal. Todos los músicos cualificados acabaron desarrollando antes o después tareas de animación en los locales al público que hemos venido citando en sociedades como el Disloque, Artesanos, el Liceo u otras empresas como Las Delicias, la Tercia, o el Salón Maravillas ya en el año 1930.

También será norma común, en todos los círculos de recreo emeritenses, la presencia de un explicador y parte de la orquesta titular amenizando las sesiones del Arte Mudo y convirtiendo esas veladas cinematográficas pioneras en espectáculo multimedia y de enriquecimiento cultural.

Tan es así, que cuando el Teatro Cine María Luisa está próximo a inaugurarse en los primeros meses de la década de los 30 del siglo pasado, la prensa se hace eco del SOS

del gremio: “Hacen falta músicos”⁶⁹, ante la proliferación de círculos, bailes, cines, coros religiosos... que llevó aparejada esta revolución sociocultural y el nuevo gusto por la vida nocturna con el arranque del XX y luego de la *Belle Epoque*.

5. EL PROGRESO CIENTÍFICO DE ENTRESIGLOS

El periódico local *La República*, horas antes de acabar el año 1899, publica un editorial que es un canto al positivismo en boga en esos años, pese al vacío dejado por el enorme batacazo de la guerra colonial.

Su prolífico redactor-director firma estas líneas subrayando los avances que trajo la centuria que pronto cambiaría de dígitos:

“Como si ambicionase aprisionar á los agentes naturales, el siglo XIX supo recoger y transmitir los rayos solares por las lentes; las imágenes y los movimientos por la fotografía y el cinematógrafo; las ondas sonoras por el teléfono y el fonógrafo... deja muy adelantada la solución del complejo problema de los viajes aéreos y submarinos, y ha roto todos los moldes o diques que se oponían al progreso”.

Lo cierto es que esos múltiples avances técnicos que se sucedían, iban dando empaque a la ciudad y la modernizaban paulatinamente.

Los viajes y los matices del progreso del siglo XIX

En la mágica década de los ochenta, en que tantas cosas se modernizan en Mérida hasta dejar atrás la estampa del Antiguo Régimen, el mundo de los viajes cambia completamente. Las salidas de los emeritenses para ver mundo también se producen de inmediato. Existe constancia de viajeros a las playas de Portugal en los primeros años de funcionamiento de la línea férrea entre las capitales peninsulares, costumbre que se oficializó y mantuvo durante décadas, hasta que la Guerra Civil y los fascismos de uno y otro lado de la Raya, pararon esas convivencias estivales. Los largos y tediosos viajes en diligencia se hacen ya en ferrocarril, especialmente cuando entra en servicio la línea a Cáceres y a Sevilla. La diligencia diaria a la capital cacereña –a 65 kms– tardaba nada menos que ocho horas; la que acababa en Sevilla, una jornada completa: veinticuatro horas⁷⁰.

⁶⁹ Titular del periódico “Mérida” de octubre de 1929.

⁷⁰ “Por consecuencia natural de la inauguración de los ferro-carriles de Cáceres y de Sevilla, se han suspendido las expediciones diarias de los coches-diligencias que recorrían en ocho y veinte y cuatro horas, los sesenta y cinco y ciento cincuenta y cuatro kilómetros respectivamente que separan á Mérida de las mencionadas capitales extremeña y andaluza”. Melgares Bazago 1885.

El trayecto ferroviario Mérida-Sevilla, sin embargo, desilusionó muy pronto porque esos 154 kms. presentaban dificultades notables que, en tiempo efectivo, dejaban la nueva marca en trece horas⁷¹. Es decir, de un día viajando, sólo se pasó a más de media jornada en el deseado transporte *del futuro*.

Pero cuando hablamos de retrasos y viajes eternos durante la época primitiva del ferrocarril, no nos referimos sólo al segundo tercio del XIX. La ruta desde Madrid seguía presentando muy serios inconvenientes ya bien entrado el siglo pasado. Cualquier persona interesada en visitar las ruinas de esta ciudad habría de someterse en el mejor de los casos a un largo viaje que ya no se medía por jornadas, claro. Pero en 1922 tampoco pasaba volando ese viaje –si nos atenemos a la experiencia de los periodistas Blanco, Belmonte y Ciarán, redactor y fotógrafo de *Blanco y Negro* respectivamente– en el “*tren-correo que, zarandeados y bien molidos, nos dejó doce horas después en la estación de Mérida*”.

Los munícipes emeritenses tomaron conciencia de las posibilidades turísticas de la nueva época y aportaron impulsos en la medida de sus posibilidades. La década de los veinte conoció nuevas mejoras, como la plantación de árboles de gran porte que en pocos años dejaron irreconocible la plaza de España emeritense, hasta tal punto que la vegetación dificultaba la visión de los grandes edificios (Sta. María o el Ayuntamiento) desde el lado opuesto. Durante los primeros años de ese mismo decenio se abordan las obras de saneamiento por la corporación presidida por Baldomero Díaz de Entresoto, en la que lideran las reformas Casimiro Juanes Clemente y Ramón Montalban García Noblejas, firmantes del plano de la ciudad de 1923, que son cabezas pensantes de los nuevos impulsos urbanísticos que habrían de saltar las fronteras del secular casco histórico.

Pese a todo, Mérida supera las primeras décadas del XX con algunas carencias notables como la hostelería cualificada o la presencia de un Museo digno de llamarse así.

Alumbrado público eléctrico

A mediados de los ochenta las actas municipales recogen una descripción del alumbrado público que se repite en cuantos autores se dedican a hablar sobre Mérida. Ciento ochenta y tantos faroles de petróleo, mal repartidos y peor mantenidos para toda la ciudad y con un efecto lumínico de escasos metros de radio. A la siguiente década se llega con ese panorama desolador, que un periódico local satiriza pasando la responsabilidad a quien la tenía:

“Es tan deficiente el alumbrado público en esta ciudad que, a no ser que a la luna le plazca lucir bien, a las once de la noche está la población en perfecto

⁷¹ El panorama en la línea férrea de Sevilla no parecía demasiado halagüeño. Es más: sigue sin serlo en el siglo XXI, con cuatro horas de trayecto.

estado para que un transeúnte se rompa la crisma contra cualquier reja saliente de las muchas que sobran por esas calles de Dios. Señor Alcalde, que no está bien que vivamos en la oscuridad en pleno siglo de las luces⁷²”.

Afortunadamente quedaba muy cerca el momento en que el alumbrado público por electricidad iba a conquistar por fin esas calles con tanta historia. En las fiestas septembrinas de 1893 vino el primer contacto. Con algunas bujías y buena voluntad, los emeritenses presenciaron el prodigio, como conocimos por el número de 30 de agosto del semanario *El Montero Extremeño*. Fue en la Feria de ese año la primera experiencia con el citado avance, iluminando la Plaza de la Constitución –de España, actualmente– para ocasión tan relevante y con carácter provisional:

“Este año habrá más alumbramientos que en los anteriores; pues al de la señora que tenga cumplidos sus días, a los que se cojerán en las tabernas (...), al de la luna, al de los faroles del ayuntamiento y al de las inmundas candilejas de los puestos, se añadirá el de la luz eléctrica, cosa nueva en esta población”.

Cuatro años más tarde comenzó el alumbrado generalizado de vías y edificios públicos y privados. La empresa concesionaria cumple el plazo el 25 de agosto de 1897 como fecha tope para que concluya la primera extensión del fluído eléctrico definitivo. El semanario *La República* otorga carta de naturaleza a la llegada del alumbrado público a la Mérida decimonónica. En su número de 6 de marzo de 1898, primero de los que hemos podido consultar, ya se recogen anuncios publicitarios de esa empresa pionera Sociedad Ballester y Cía para instalaciones a plazos, al contado o en alquiler. Las oficinas tenían sede en la C/ San Salvador y la fábrica en la del Puente. El precio del fluído mensual por bujía: 40 céntimos.

También se recoge en ese medio (10 de abril de 1898) el momento en que el Teatro Ponce de León recibe gratuitamente la instalación de 87 lámparas por parte de La Eléctrica, “*con el fin de dar mayor esplendor (sic) a la función*” patriótica a beneficio de la Marina de Guerra nacional, inmersa en las guerras coloniales. En agosto de ese mismo año se produce una cesión de derechos y acciones de la Sociedad citada en favor de D. Rafael San José, que pasa a ser propietario y nombra apoderados a D. Ciriaco Laguna y D. Narciso Martínez Cabezas. El salto del agua del Berrocal se sumaría a la producción de energía en los albores del XX.

Fotografía de paisaje y paisanaje

Como ya consiguió con los mejores grabadores de la Ilustración y el Romanticismo (Laborde, Chapman, Taylor o Doré) europeos, Mérida tomó un destacado sitio en la

⁷² “El Emeritense” de 1º de marzo de 1890.

iconografía nacional tras el invento de la fotografía. Los paisajistas extranjeros –Laurent, Clifford o Sipièrè– primero y luego un par de familias locales de aficionados al nascente arte, se ocuparon de inmortalizar las antigüedades romanas y algunas de las mejoras urbanas coetáneas.

Los hermanos Díez Fernández, José (militar de carrera) y Pablo (procurador y periodista amateur) se alternaron con un par de máquinas –estereoscópica una, la otra convencional– dejando imágenes de buena parte de los yacimientos durante los últimos compases del XIX y los primeros del XX. El mismo Maximiliano Macías, documentaba sus hallazgos arqueológicos con cámara propia desde 1909.

La tarjeta postal constituyó la más afortunada variante para la difusión turística de nuestra ciudad. Muy especialmente tras las excavaciones, se venden series diversas, con abundancia de imágenes de la nueva aperiencia del Teatro, el Anfiteatro o su precioso aparato ornamental. Las primeras comercializadas venían precisamente de José Díez Fernández –fotógrafo amateur– que se puso en manos de Hauser y Menet en una preciosa edición hacia 1904, y en esas mismas fechas, otra colección autoeditada por Juan Francisco Rivera, titular de una imprenta en la Plaza.

Luego vendrían otras muchas, impulsadas por comerciantes locales como Bonifacio Calderón o fotógrafos asentados en nuestra ciudad como Marcial Bocconi, pero también de destacados *postaleros* nacionales o asimilados como Roisin o Loty.

En cuanto a la explotación comercial del retrato fotográfico, Mérida tuvo la suerte de disponer de gabinetes durante todo este periodo. Dejando muchos millares de clichés para la posteridad, hombres, mujeres, niños y niñas de la localidad pasaron por los estudios de José Muria, V. Novillo o Daniel Pérez en el XIX, o Miguel de la Marta, Bocconi, Barrera, *Trajano* o Chacón ya en el XX. Un rosario de ambulantes como Cazeneuve o Acevedo, con breves asentamientos en la ciudad, también dejaron rastro en los álbumes familiares.

Cine

En cuanto a la imagen en movimiento, un ciclorama en la Pza. de Santa Clara, con imágenes de las guerras de Melilla y Filipinas, abrió fuego en 1894. No se trataba más que de un antecesor del cinematógrafo, como las linternas mágicas.

En cualquiera de sus modalidades, la llegada del cine supuso la apertura de otra gran fuente de cultura para la población. Desde las primeras manifestaciones de imagen en movimiento las clases populares respondieron, llenando, una tras otra, las sesiones de la barraca ambulante o de los círculos donde se proyectaban los primeros cortos. En ellas los emeritenses *de secano* verían con asombro los grandes barcos saliendo de

puertos europeos o los bailes tribales en el corazón de África en las primeras películas de los Lumière. En octubre de 1898 documentamos⁷³ la primera proyección de cinematógrafo en el Círculo de Artesanos (C/ Félix Valverde Lillo, frente al Pósito) por parte del ambulante de D. Antonio de la Rosa. En los años siguientes continuaron en el Teatro Ponce y la plaza de la Constitución, entrando en liza los grandes barracones que esos empresarios ambulantes traían aprovechando la gran ventaja de los portes por ferrocarril.

El cinematógrafo produjo un serio problema en el alumbrado público apenas tomaron contacto ambos. Si uno funcionaba, el otro se extinguía por unas horas. Pero pronto la compañía eléctrica solucionó sus carencias y el invento encontró sitio en todas las festividades y progresivamente en todas las jornadas laborables también.

En la primera década del siglo XX ese idilio de Mérida y el Cine se fue consolidando con nuevas incursiones de pequeños exhibidores ambulantes andaluces como el pionero, pero ya con la mayoría asentados en territorio extremeño –Barbagelata desde Almendralejo, el Franco-Español pacense, Videograph desde Fuente de Cantos...– hasta que los empresarios locales y los nuevos círculos de recreo se dieron cuenta de que ese nuevo yacimiento económico garantizaba una más que segura fuente de ingresos.

Parece que también el grupo de socios escindidos de la Lírico-Dramática se llevó, del Ponce al Liceo, el virus del cinematógrafo. No habían transcurrido ocho años desde su fundación cuando la Junta Directiva reunida en sesión de 22 de enero de 1.909 y compuesta por los Sres. Salanava -Presidente-, Lancho, Nieto, Corchero, Pardo y Doncel toman dos acuerdos que cambiarán la historia del círculo: aprobar el contrato de compra de las casas 43 y 45 de la C/ Sta. Eulalia por 4.800 pts pagaderas en 120 mensualidades de 400 cada una y “*reforzar los ingresos por medios nuevos, tales como el de establecer un citematógrafo (sic) y otros espectáculos lícitos y cultos (...)*”.

Pérez Lucio, quien al hacerse cargo del arrendamiento del Ponce adquirió otro proyeccionista a título individual, llegó a prestarlos al Consistorio⁷⁴ para dar cine al aire en la Pza. de la Constitución los años 1915 y 16. Pronto, con El Disloque a su cargo también, diversificó su carta de espectáculos otorgando a este último el nombre de Salón Cinema Moderno y dejando para el decano Ponce el nuevo nombre de Salón Teatro.

En los años 20, además de esas tres o cuatro salas que hemos ido nombrando – Artesanos y Liceo como sociedades y los Salones de Pérez Lucio– comienzan a brotar otro tipo de cines que ya acompañarán la Edad de Oro del Séptimo Arte: las terrazas de

⁷³ Caballero Rodríguez, 1999.

⁷⁴ A.H.M.M., Actas municipales de 1915 (f. 110).

verano. Los cines Victoria e Ideal, ambos colocados en la Rambla, aprovecharon muy bien los descartes técnicos (proyectores en desuso, películas en segundo alquiler...) que los grandes iban dejándoles.

La vida nocturna

Los bailes de candil, constituyeron el ancestro del ocio popular compartido. Los distintos estratos sociales organizaban en domicilios particulares, fiestas donde la juventud compartía tardes de baile bajo la atenta mirada de las madres organizadoras.

El siglo XX calienta motores y como ya hemos valorado, con la aplicación de los inventos del XIX se produce una serie de transformaciones sociales entre las que debemos resaltar una estrechamente ligada al alumbrado público por electricidad: la creación de un nuevo marco de relaciones humanas durante la noche. Con el alumbrado público y la sucesiva inauguración del Disloque, la Tercia, Las Delicias y más tarde los salones del Liceo o Artesanos y otros negocios musicales, las calles se alborotaron y las fiestas experimentaron una marcada democratización. Y todo ello sin perder unas señas de identidad locales que permanecen a través de los siglos, como también narra el cronista —a caballo entre el XIX y el XX— que firma bajo el pseudónimo quijotesco de Sansón Carrasco. Cuenta cómo jóvenes elegantes se mezclan con hijos de obreros abusando de los caldos jóvenes en las pitarras: “*la democracia que todo lo invade*” les une en la celebración, “*dando variedad al coro de sangradores que, entre saliva y saliva, canta las excelencias del rojo néctar*”⁷⁵.

A la feria de septiembre y las tradicionales festividades en torno al día de Sta Eulalia en diciembre habrá de unirse la Feria de febrero o “del Moco”, impulsada por el Alcalde Andrés Márquez —empresario corchotaponero— en el cambio de siglo. 1901 conoció su primera edición y además de las transacciones de ganado, una serie de diversas atracciones culminaban el programa.

Esas festividades anuales también sacaron el ocio a la vía pública. A las citadas de la Mártir, se unían el Carnaval emeritense con desfiles por la calle, liderados por Vicente Galán, Padre Mollete, y los bailes de máscaras en los diversos salones, tras la consabida visita a la Domitila en la Plaza de España para alquilar un disfraz.

S.C. (*Sansón Carrasco*, a la sazón Pablo Díez) firma también una instancia-denuncia procedente del vecindario de la ruta del ocio en enero 1907, claramente delimitada entre los dos garitos jóvenes e irreverentes de la época, el recién fundado Disloque en la C/ Romero Leal y La Tercia, nido republicano y de toda la progresía local situado en la calle de Bastimentos, hoy Los Maestros. Vuelve Sansón a la carga contra los

⁷⁵ Semanario *El Emeritense* de 7 de diciembre de 1890.

escándalos nocturnos por las fiestas carnavales, y clama literalmente a la Guardia Municipal que

“nuestra juventud, además de entregarse en el interior de los citados edificios [Tercia y Disloque] a las expansiones propias de su calidad, cuando salen al exterior para ir de un salón a otro, o a su domicilio, en lugar de guardar el recogimiento propio de las horas en que transitan, no lo hacen sino con espantosa algarabía, turbando con sus gritos el sueño apacible y reparador de los vecinos”.

Continúa reclamando de la veterana guardia *“los esfuerzos que tendría que hacer por su parte para conseguir un poco de orden de esa juventud que, en tales noches se dedica a toda clase de locuras, y que no parece gozar si no mete ruido y molesta o fastidia al prójimo”*.

Desde ese momento la noche será un complicado marco de coexistencia para jóvenes y vecinos residentes en las zonas de ocio, problema irresoluble aún un siglo más tarde.

A todos los bailes y salones ya citados, se sumarán al despegar la década de los 30 del siglo XX el Teatro María Luisa –con sus bailes de colores– y el Salón “Maravillas” de la familia Carmona.

Teléfono

El 9 de octubre de 1911, las actas municipales (f. 97) registran la solicitud de la Cía. Peninsular de Teléfonos para instalar dos soportes en las escuelas públicas y las casas consistoriales respectivamente, como requisito indispensable para extender el tejido por la ciudad. El firmante de esa instancia era el manchego Casimiro Hervás, representante de dicha empresa en nuestra ciudad donde acabaría echando raíces al contraer matrimonio con una de las hijas de Pedro María Plano, al que –por supuesto– no llegó a conocer.

Los efectos de estas tareas previas se perciben en Mérida cuando Europa se debate en la primera gran guerra, de la mano del industrial del calzado Lucio Dobón y el citado Hervás, que establecen su domicilio social, la centralita y administración en el n.º 15 de la C/ Alvarado.

Hacia 1914, pues, se produce la generalización del servicio telefónico en la vida de los emeritenses. Muy pronto las empresas, los círculos y los particulares más favorecidos por la vida se permitieron conectar con otras ciudades del país en unos minutos. El primer dato del que disponemos es que el 7 de noviembre de 1914 se acuerda la instalación del teléfono en el Liceo. El siguiente, la aparición en un número de Gil Blas de julio de 1916 del tño n.º 15, propiedad del establecimiento Los Ángeles, de Lidio Romo Modino en la C/ Sta. Eulalia n.º 4.

Días más tarde, en la Revista de Ferias de 1916, primera de las que hemos alcanzado a consultar, pueden constatarse una docena de establecimientos con teléfono y la certeza de que, por la manera simple de numerar los abonados, en torno a un centenar de ellos recibían servicio en Mérida en septiembre de ese año.

A través de colaboraciones escritas en esta misma publicación por D. Manuel Sabinaria, médico, alcalde del Bimilenario y excelente cronista de lo cotidiano, conocemos que ocho años más tarde la lista había crecido hasta 207 abonados. Tal es la extensión de la red urbana que merece ya la publicación de una *Guía de Señores Abonados* en la imprenta La Económica, de Soler. No más de un centenar de poblaciones en España podían sostener una conferencia interurbana con nuestro Centro Telefónico Urbano. Los precios que cada abonado debía satisfacer mensualmente estaban en las 9,35 ptas para particulares y un poco más para industrias, comercios o fondas. Sólo el Delegado de Prensa gozaba del excepcional precio de 7,50. Ese mismo era el precio para trasladar un aparato en la propia casa del abonado y los cambios de domicilio se negociaban. El trabajo de inspección del Servicio corría a cargo del Jefe de Telégrafos de la ciudad.

De los 207 relacionados en esa Guía, 26 eran teléfonos *con asterisco*, es decir, con depósito constituido para llamadas interurbanas.

Una de las innovaciones que aportaba era un curioso manual de instrucciones para el correcto uso de estos aparatos: apreciaciones sobre la distancia del receptor, la manera de hablar y la propia modulación de la voz.

En 1924 precisamente, se constituye la Compañía Telefónica Nacional de España y al poco se cierra una época en que un grupo de señoritas pioneras con un tablón primitivo de conexiones hicieron posible un adelanto más en la Mérida de las revoluciones sociales. La Central emeritense estuvo, desde ese momento, en el n.º 1 de la C/ Concepción, en una situación difícil de concebir en nuestro tiempo, pues se alineaba su esquina con el pie derecho del Arco de Trajano, hoy desnudado y descrito profusamente.

El automóvil

Los coches tardaron más en popularizarse, como era previsible al ser artículos de lujo. Algunos vecinos disponían, como mucho, de vehículos de tracción animal y la inmensa mayoría apenas de una bestia de carga -asnos o mulas- que se mantenía para que colaboraran en las pesadas tareas agroganaderas.

Contados emeritenses, todos ellos de posición desahogada, se fueron permitiendo la adquisición de los primeros coches, que por una u otra razón figuran en pasajes de la historia contemporánea o de la prensa del momento. Tal es el caso de la preparación

de las visitas reales de Alfonso XII en 1879 –con coche de caballos– o la de su hijo en 1905, y otras de interés local, como las de Gasset ministro de Obras Públicas al que los prebostes emeritenses quisieron arrancar una obra de rehabilitación de las conducciones de Proserpina o Cornalvo, hacia 1907. Ahí sí que ya aparecen vehículos de los Pacheco o de los hermanos Díez Fernández, puestos desinteresadamente para acompañar al visitante ilustre.

En los veinte ya hay profesionales del taxi, con parada en la Plaza de la Constitución, e incluso se anuncian vehículos de alquiler con *chauffeur* para los *touristas* que quisieran visitar las ruinas emeritenses. Menudean ya los comentarios sobre la peligrosidad del tránsito por la calle Sta. Eulalia, vía principal de la carretera de Madrid hacia la plaza, para continuar viaje por el puente romano. Con los vehículos a motor la convivencia con los paseantes y el comercio en la calle principal, se tornó aún más peligrosa.

En los años de la Belle Epoque, las “Yinkanas” automovilísticas se convirtieron en una de las atracciones más demandadas durante la Feria de septiembre, con las primeras concentraciones de los conductores de la provincia y aledañas.

Las excavaciones y el turismo: Mérida imparable

El madrileño Mérida decide rodearse del sólido y experimentado equipo humano que conocemos –Gutiérrez, Pulido, Gragera...– al que añade a Maximiliano Macías, casi profano en la materia, pero en el que ve una pieza clave para introducirse en la alta burguesía local y los representantes políticos en la Corte, la familia Pacheco Lerdo de Tejada.

Muy pronto la población les toma como referentes en esta delicada materia y de manera espontánea, aun antes de la regulación nacional que supuso la Ley de Patrimonio del 1911, solicita de ellos los peritajes que –sin duda– habría que evacuar antes de intervenir en tan valiosas piedras. Tras una serie de obras de adecentamiento del Aljibe en la Alcazaba árabe, por iniciativa propia y con motivo de la visita de Alfonso XIII en 1905, su propietario D. José Grau, comunica a Maximiliano Macías esas mejoras, y un ponderado juicio sobre sus limitaciones⁷⁶:

“...pero lo que no puedo evitar, dado el deplorable estado en que se encuentra el Conventual, es tener que hacer frecuentes reparaciones parciales, que no obedecen a un plan armónico y sí sólo al deseo de consolidar, siquiera sea pasajeramente, lo poco que fuera de aquello resta en pie (...) fragmentos arquitectónicos o de carácter artístico en cuya conservación puede existir un interés patriótico que no reside en mí la facultad de apreciar”.

⁷⁶ A través de esa carta del propietario, residente en Madrid, sabemos que Macías se dirigió a él, el 22 de octubre de 1910 interesándose por determinados datos sobre el estado de tan literaria antigualla. La respuesta entremecillada fue inmediata (26 de octubre). Caballero Rodríguez: 2008, pp 152 y 153.

Ha prevalecido durante el siglo pasado la idea de que las grandes excavaciones emeritenses se llevaron a cabo con la más absoluta de las estrecheces económicas, cosa que –aunque cierta en el fondo– está muy lejos de la realidad. La austeridad y el buen criterio en la gestión de los fondos allegados por el Estado permitieron que no pararan de llegar nunca y que, además, el yacimiento emeritense sumara méritos para abrir otros frentes en materia turística o cultural.

Para poder explicar esta paradoja, habremos de recurrir de nuevo al protagonista local de este tramo histórico, Macías Liáñez, y a una serie de hechos y pruebas que avalan nuestra opinión. Ya en 1914 se alabó en las Cortes⁷⁷ su inmejorable ejecución presupuestaria.

Inicialmente, el ciudadano medio emeritense no valoró demasiado el trabajo en el Teatro Romano. Después de todo, eso era lo habitual en esta ciudad: excavar y hallar estatuas, lápidas o monedas... No obstante, las fondas comenzaron a registrar a los primeros curiosos sumándose a la nómina de los especialistas que venían a conocer los hallazgos. El turismo crecía lentamente y desde esos inicios la Revista de Ferias comenzó a ofrecer, durante las fiestas anuales información sobre excavaciones y turismo por un lado y comercio e industria locales por otro.

La conferencia de Mérida en la orchestra del Teatro, en la primavera de 1914, supuso un punto de inflexión. Visitantes de Madrid, alumnos y profesores de Cáceres y Badajoz y otras ciudades extremeñas, fuerzas vivas emeritenses... El asunto terminó en un reconocimiento a Mérida por sus resultados, con un homenaje y una calle dedicada cuando ni siquiera habían completado el trabajo en el primer gran monumento.

Desde entonces, las excursiones turísticas de estudiantes (alumnos de la Normal de Cáceres, Universidad de Sevilla, Barcelona o Valladolid...) y populares empiezan a menudear siempre atendidas con mimo, por Mérida a veces y por Macías cuando el madrileño estaba en la capital.

En menos de un cuarto de siglo, ambos compañeros desenterraron con las técnicas de la Arqueología del momento y en muchas ocasiones abriendo sendero, el Teatro romano y parte de su perímetro circundante desde septiembre de 1910 hasta 1915. En el verano de 1913, durante una pequeña campaña estival, obtuvieron nuevos hallazgos en el yacimiento del cerro de San Albín, mientras se concluía la nueva Plaza de Toros. Al volver al recinto del Teatro y limpiando la parte de poniente de la posescena, se encontraron por

⁷⁷ Cavestany ensalza en el Senado la perfecta administración de las sesenta mil primeras pesetas gastadas en las excavaciones del Teatro romano de Mérida, con casi todo el monumento ya visitable. Bergamín, a la sazón Ministro de Instrucción Pública, Tormo y Guirao redundan en esa exaltación de Mérida y Macías aprobando la nueva consagración.

casualidad con un edificio que también excavan, estudian y acondicionan: la enigmática Casa-basílica. Poco después y tras limpiar el pasillo entre los dos grandes colosos, los excavadores pasaron a desescombrar el Anfiteatro (1910-1920) para luego abordar simultáneamente los trabajos en el Circo y la reconstitución de la escena teatral (1920-26).

A esa soberbia gestión de los fondos económicos y los hallazgos arqueológicos, ha de unirse el tino con que fueron solucionando el combate que la ciudad viva –en constante crecimiento, como venimos detallando– mantendrá con las ruinas de la ciudad romana, clamando por ver la luz a cada paso del avance urbanístico. En esa lucha un solo hombre, Maximiliano Macías, con el apoyo de Mélida desde Madrid, tenía que tomar decisiones y disputar con sus convecinos por unas pesetas o unos metros de terreno, con los sinsabores que eso acarrea⁷⁸ en las distancias cortas:

“El asunto de la expropiación de tierras del circo me trae a mal traer, pues cada detalle cuesta días y días (...). En cuanto a la observación que me hace V. de que le parece caro el precio de 3.000 pts./fanega⁷⁹ de tierra, tiene razón: pero no me ha sido posible sacar mejor partido en ello, debido a la esperanza que los dueños de todos aquellos terrenos tienen en el aumento de valor, el día que se construyan por allí los cuarteles”.

A mediados de los veinte, nuevas obras propician hallazgos en los terrenos de Juan Bravo (termas o pozo de nieve en la actual C/ Felipe Trigo), la ladera de poniente del cerro de San Albín (estatuaria orientalizante) y la del nacimiento, donde aparecen los columbarios en 1926. Por último, ya ancianos, vuelven a la Posescena del Teatro donde hacen los trabajos postreros de sus vidas⁸⁰.

Esta sucinta relación que hemos tratado de resumir en unas líneas debe, sin embargo, ser valorada en su justa medida. Reléase dotando a cada yacimiento de un número para un catálogo turístico monumental y se comprenderá la ingente aportación de la dupla de arqueólogos más fructífera de la Arqueología del XX.

Macías editó desde muy pronto guías arqueológicas y memorias –compartidas con Mélida–, cuidadas series de postales, se esmeró en la adecuación y ornamentación de los monumentos. La ciudad era tan vendible, tan moderna en la definición de espacios, que casi permitía vislumbrar el presente *statu quo*.

⁷⁸ Los mismos que actualmente comparten diversos órganos colegiados, con la responsabilidad y los sinsabores más diluidos entre todos sus actuantes.

⁷⁹ Caballero Rodríguez, José: Maximiliano Macías y su tiempo (1867-1934). Historia íntima de las grandes excavaciones de Mérida. Artes Gráficas Rejas S.L. Mérida 2008. Carta de Macías a Mélida, febrero de 1920. Una fanega equivale a 6.440 m².

⁸⁰ Mélida fallece en 1933 y Macías en el verano del siguiente año.

Además de su ya largo recorrido como *ciceroni* de grupos académicos o de ilustres visitas, Macías y Mérida abordaron el diseño y dotación del nuevo Museo en 1929, con una magnífica puesta en valor de la estatuaria, acompañada de una muestra decentemente ubicada de epigrafía, numismática, arquitectura y la contribución inicial a la musivaria⁸¹ que patrocinó Plano.

Los ornamentos del Teatro romano, el Anfiteatro y otros yacimientos, que acababan de volver a la luz en los mismos años de esplendor del Teatro Ponce, ahora se lucían en un espacio digno. Bien es verdad que, como los promotores adivinaron, se habría de quedar pequeño apenas inaugurado.

Conjunto monumental y museo completaban una oferta atractiva, lo que, unido a la proximidad de las exposiciones Iberoamericana de Sevilla y Universal de Barcelona, y el Congreso de Arqueología de la Ciudad Condal provoca una explosión de nuevas expectativas camino de 1929.

Mérida y Macías, que tenían que alojar a arqueólogos y nobles, cuando no a personas de la Casa Real, clamaban por que algún emeritense se lanzara a invertir en construir y dotar un hotel acorde con los tiempos. Fondas y hostales se quedaban pequeños, por limpios y bien atendidos que estuvieran, para algunos de los turistas que ahora se empeñaban en visitar Mérida.

La relación de demandantes iba desde el monarca, Alfonso XIII, hasta otros visitantes como María de Rumanía, su hermana Elizabeth y su cuñado Alfonso de Orleans, la Infanta Isabel “la Chata”, directores generales de Bellas Artes (Mariano Benlliure, Ricardo Orueta...) y artistas plásticos como Sorolla, Garnelo, Gómez Carbonero, Aguiar, personalidades como María Guerrero y Díaz de Mendoza, o el mismísimo Duque de Alba.

Por último, en su condición de miembro de la Comisión Provincial de Turismo, Macías Liáñez dejó dibujadas las trazas de futuro del yacimiento, interviniendo ya con decisivas estrategias, como la casa de bienvenida a los turistas, los libros de firmas en Teatro y Museo⁸²... movimientos clave en pos del Parador y todo el sector hostelero que, hasta entonces, vivía en el más penoso abandono.

Sólo cuando llegaron Xirgu y Borrás, Unamuno y las altas dignidades de la Segunda República para disfrutar la Medea de 1933, el Parador fue una realidad esplendorosa. Y la ciudad volvió a estar a la altura. Tan a la altura como pueda estarlo en nuestro tiempo.

⁸¹ El mosaico de Annius Bonus, hallado a finales del XIX y enmarcado por Casimiro González Izquierdo, fue la primera manifestación de esta modalidad en el Museo emeritense y acaso en los museos nacionales

⁸² Morán Sánchez, C.J., 2015, *Memoria arqueológica y social de dos escenarios romanos: el teatro y el anfiteatro de Mérida (1910-1936)*. Tesis doctoral. UEX, Cáceres.

La Edad de Plata había tomado cuerpo y las potencias de la capitalidad se adivinaban ya sin esfuerzo: a la centralidad de siempre, se unían ahora el nudo de comunicaciones, la pujanza de su industria y comercio, las modernas infraestructuras, y el impulso del turismo basado en una identidad histórica y cultural propia, que el mundo comenzaba a admirar sin reticencias.

**Versión gratuita publicada en marzo de 2020
con motivo del estado de alarma provocado
por el coronavirus COVID-19**